EL MUSEO LITERARIO,

GALERIA DRAMATICA Y MUSICAL

DE

D. PRUDENCIO DE REGOYOS.

EL HONOR Y EL TRABAJO,

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO.

Luis Rivera



Punto de venta en Madrid, libreria de D. J. Cuesta.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1859.

5

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS DE LA GALERIA

EL MUSEO LITERARIO.

En un acto.

Al llegar á Madrid.
¡Alumbra á tu víctima!
Antes que te cases.

Cada cual ama á su modo.
Cabrion y Pipelet, ó las desgracias de un portero.

Disfraces, sustos y enredos...
Dos pelucas y dos pares de anteojos.
De cocinero á ministro.
Dieguiyo pata de anafe.
¡Dos maridosI ¡qué ventura!
Delirium tremens.

El chal de Cachemira.
El rigor de las desdichas, ó Don Hermógenes.
El héroe de Bailen.
El suplicio de Tántalo.
El 24 de Febrero.
El cadete.
El amor por la ventana.
El destino.
El padre del hijo de mi mujer.
El perro ó yo.
En Aranjuez y en Madrid.
El dómine y el montero.
El mejor amigo, un duro.
El amigo del Ministro.
El charlatanismo.
En el dote está el busilis.
Es un loco.
El arte de hacerse amar.
En paños menores.
El novio al óleo.
El tio Martin ó la honradez.
El exterminio de un inocente.
Gato por liebre.
Gramática parda.

Isabel I.

La herencia de un poeta.
La última noche de Camoens.
La voz de las Provincias.
La carta perdida.
Los quid pro quos.

Lluvias de estio.

Me he comido á mi amigo.
Modelo de esposas.
Moreno y ojos azules.

¡¡¡No es la Reina!!!

Paulina.
Piensa mal y errarás.
Por un reló y un sombrero.

Simpatía y antipatía.

Tres pies al gato.

Un viernes.
Una tempestad dentro de un vaso de agua.
Una comedia en un acto.
Una idea feliz.
Un anuncio en el Diario.
Viaje sentimental.

En dos actos.

Castor y Polux.

Dimas el titiritero.

El pilluelo de Paris (*Segunda parte*).
El orgullo castigado.

La última conquista.
La codicia rompe el saco.
Los hijos de su madre.

Una conversion en diez minutos.

En tres ó mas actos.

Achaques de la vejez.
Amante, rival y paje.
A público agravio, pública venganza.
Adriana Lecouvreu.
Amarguras de la vida.
Antes y despues.
Avaricia y despilfarro.

Cocinero y capitan.
Cárlos VII entre sus vasallos.
Celos despecho y amor.
Conde, ministro y lacayo
Corona y tumba, ó el rei
Sigerico.

Duda en el alma, ó el em
de Córdoba.
Dalila.
Don Lope de Vega Carpio
Don Alonso el Sabio.

Entre bobos anda el jueg
El gran duque.
El pacto de sangre.
El velo de encaje.
El ángel de la casa.
El primo y el relicario.
El árbol torcido.
El conde de Selmar.
El collar de perlas.
El arenal de Sevilla.
El caballero de Harmenta
El cardenal es el Rey.
El castellano de Tamarit.
El castillo del diablo.
El conde de Monte-Cristo
mera parte.)
El conde de Monte-Crist
gunda parte.)
El conde de Herman.
El correo de Lion, ó el as
la silla de postas.
El escudo de Barcelona.
El hijo del diablo.
El juego de ajedrez.
El sacrificio de una madr
El sereno de Glukstadt.
El subterráneo del castillo
El génio contra el poder,
chiller de Salamanca.
El mejor alcalde el Rey.
El libro negro.
El judío errante.
En el crimen va el casti
condesa de Portugal.
En 1330.
El difunto Leonardo.
El molino de la ermita.
El corazon de un adre.
Eugenia.
Eulalia.
En la cara está la edad.
El tio Martin, ó la honr

EL HONOR Y EL TRABAJO.

EL HONOR Y EL TRABAJO,

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL

DE D. LUIS RIVERA.

Representado por primera vez en el teatro del Circo, á beneficio del primer actor D. Joaquin Arjona, el 13 de Mayo de 1859.



MADRID: 1859. —Imprenta de Manuel Fernandez y Compañía,
Corredera baja de San Pablo, 33, principal.

PERSONAJES.		ACTORES.
MARGARITA	DOÑA	T. LAMADRID.
LUISA		C. CARRASCO.
JUANA . . . . . , ...		F. ORGAZ.
CRIADA		E. CAMPOS.
VÍCTOR.	DON	J. ARJONA.
CÁRLOS.		V. TAMAYO.
JUAN		M. FERNANDEZ.
D. CALISTO		P. SOBRADO.
SALAZAR		R. MORALES.
EDUARDO		J. LAPLANA.
NOTARIO		J. BULLON.
UN MOZO		J. BLANCAS.
UN CRIADO		T. GARRALON.
CONVIDADO		J. DÍEZ.

Acompañamiento de señoras y caballeros.

La accion es contemporánea. El primer acto pasa en Aranjnez, segundo y tercero en Madrid, y cuarto en Santander.

AL SR. D. JOAQUIN ARJONA,

la amistad de

EL AUTOR.

ACTO PRIMERO.

ARANJUEZ.

Decoracion de jardin, con asientos de piedra. — A la izquierda, la fachada de la quinta. — Balaustrada en el fondo, por donde se ve el campo. — Verja á la derecha, que sirve de entrada.

ESCENA PRIMERA.

JUAN. — JUANA.

JUAN. (*Mirando al campo.*)
Aun no viene el señorito
y son las dos. ¡Cuánto tarda!
Ya han llegado muchos trenes...
—En fin, esperemos. (*Llamando.*) ¡Juana!
Veamos si está ya listo
el almuerzo.

JUANA. (*Saliendo.*) ¿Quién me llama?

JUAN. ¿La mesa?

JUANA. Ya está esperando
á los convidados.

JUAN. ¡Cáspita!
¡hoy es gran dia!
JUANA. Como este
hay muchos en la semana.
JUAN. ¡Un almuerzo para diez!...
¡Y jóvenes! ¡Oh! Bien haya
la suerte que me ha traido
á servir en esta casa!
JUANA. ¡Amen!
JUAN. Aquí te encontré...
JUANA. Como soy de la montaña...
JUAN. Y es montañés nuestro amo...
JUANA. Nos juntamos todos...
JUAN. Basta...
lo demás lo dirá el tiempo...
¡Qué porvenir nos aguarda!
JUANA. Habiendo de qué... (*Haciendo con los dedos señal de dinero.*)
JUAN. Y habrá:
¿Soy yo tonto?
JUANA. ¡Ya!
JUAN. ¡Bobada!
Dentro de poco, á la iglesia;
y despues, á poner casa
como unos señores.
JUANA. ¡Hola!
¿Hay ya pacotilla?
JUAN. ¡Calla!
JUANA. ¿Quién ha de escucharnos? Solos
estamos...
JUAN. Si una palabra...
JUANA. No hay nadie. Puedes hablar
con entera confianza.
JUAN. Yo, que estoy en los secretos
de Don Cárlos, tengo echadas
mis cuentas, y este boato
se acabará pronto, Juana.
JUANA. ¿Qué me dices?
JUAN. Pero antes
de que se lleve la trampa
á nuestro amo, nosotros
tocaremos retirada.
¿Qué te parece? Pondremos
una tienda... ¿de qué?... ¡vaya,
elige tú!
JUANA. ¿Yo? Un café.

JUAN. ¿Un café?
JUANA. Digo, si alcanza
el dinero para tanto.
JUAN. ¡Para eso y más!
JUANA. ¡Santa Bárbara!
¡Seremos dichosos, Juan!
JUAN. ¡Dichosos seremos, Juana!
—Escucha, el amo no piensa
mas que en bromas y jaranas,
y su cuantiosa fortuna
sin temor de Dios malgasta.
Del dinero que se llevan
usureros sin entrañas,
amigos aduladores
y mujeres cortesanas,
es justo que á mí me quede
tambien algo entre las garras.
JUANA. ¡Vaya, muy justo!
JUAN. Está claro.
Lo que es razon, manos blancas.
—Pues, como te iba diciendo,
la ocasion la pintan calva,
y hoy del almuerzo nos quedan,
si mis cálculos no engañan,
quinientos reales.
JUANA. ¿Quinientos?
¿Y si se descubre?
JUAN. Pára,
y escucha de qué manera
tengo la red preparada:
Champaña, doce botellas;
se las beben, y con maña,
entre las vacías pongo
ocho mas, y esto no marra...
JUANA. ¿Vacías tambien?
JUAN. ¡Pues no!
Cobro veinte, cuenta clara,
ocho para mí; á tres duros,
veinte y cuatro duros, Juana.
Para esto no es menester
estudiar en Salamanca.
JUANA. Alguien se acerca.
JUAN. Es el amo.
Retírate.
JUANA. Adios.
JUAN. Aguarda:

dáme un abrazo.

JUANA. No quiero;
soy montañesa y honrada.

JUAN. Por paisana te lo pido.

JUANA. Siendo así... como paisana... (*Juan la abraza.*)
¿cuándo nos casamos?

JUAN. ¿Cuándo?
dentro de un mes.

JUANA. Dios lo haga. (*Se va.*)

ESCENA II.

CÁRLOS. — JUAN.

CÁRLOS. Juan, quién ha venido?

JUAN. Nadie.

CÁRLOS. ¿Y el almuerzo?

JUAN. Esta mañana
lo han traido.

CÁRLOS. ¿De Lardy?

JUAN. Si señor, y en esa sala
que da al jardin, he dispuesto
que lo sirvan.

CÁRLOS. Bien: ¿hay cartas?

JUAN. Dos: aquí están (*Se las da.*)

CÁRLOS. Vengan: déjame.

JUAN. (*Aparte marchándose.*)
¡Válgame Cristo, qué cara!

ESCENA III.

CÁRLOS, *luego* JUAN.

CÁRLOS. (*Leyendo una carta.*)
«Querido Cárlos, apenas
»llegué á Madrid, fuí á tu casa.
»No te he visto, pero supe
»que en Aranjuez te encontrabas,
»y para darte un abrazo
»iré á buscarte mañana.»
(*Hablando.*)
¡De Víctor! Fecha de ayer...
Ya me inquieta su tardanza,
porque es el único amigo
que tengo desde la infancia

¡Juan!
JUAN. (*Saliendo.*) Señor.
CÁRLOS. Otro cubierto
para un amigo.
JUAN. Sin falta.
(*Aparte al marcharse.*)
¿Otro amigo? Añadiremos
á la cuenta mas Champaña.

ESCENA IV.

CÁRLOS, *solo.*

CÁRLOS. (*Mirando el sobre de la otra carta.*)
—¡Es su letra! Temo abrirla...
—Carta, misteriosa carta,
¿por qué al tocarte mi mano,
¡ay! tu contacto me abrasa?
—¡Corazon cobarde, arrostra
la aparicion del fantasma!
(*Rompe el sobre.*)
¡Veneno son los perfumes
que de sus pliegues se escapan!
Leamos (*Pausa: despues de leer.*)
—¡Siempre desdenes!
—¿Y no hay valor en mi alma
para destrozar el ídolo
que tan sin piedad me trata?
—Sangre que en mis venas corre,
pensamiento que me exaltas,
¿á dónde llevais perdidas
mis amantes esperanzas?
¡Este amor!... (*Se queda pensativo.*)

ESCENA V.

CÁRLOS.—D. CALISTO.—SALAZAR.—EDUARDO.—*Convidados.*

SALAZAR. ¡Cárlos!
CÁRLOS. ¿Quién llega?
¿Sois vosotros?
SALAZAR. ¡Pues me agrada!
¿á que te sorprende ahora?... (*Le dá la mano.*)
¿Qué tal? Bien. Yo bueno. Gracias
CÁRLOS. ¡Señores!... (*Saludando á todos.*)

SALAZAR. ¡Que viva Cárlos!
TODOS. ¡Viva!
SALAZAR. Pueblo amado, basta.
—Oye, con nosotros viene
Don Calisto.
CÁRLOS. Le esperaba.
SALAZAR. ¿Es tambien de la partida?
D. CALISTO. Mis asuntos me reclaman...
SALAZAR. ¡Cómo! al que viene á Aranjuez
no se le dispensa nada,
porque hay corrida de toros
y es preciso aprovecharla.
D. CALISTO. En ese caso me quedo.
SALAZAR. (¡Lástima no te quedáras,
viejo zorro!) (*Subiéndose en una silla.*)
¡Hola! ¡Señores!
EDUARDO. ¿Qué hay?
SALAZAR. Pido la palabra,
justo, para una alusion
estomacal.
EDUARDO. Sin tardanza
hable el orador.
SALAZAR. (*Gritando.*) ¡Señores!..
(*Variando de tono.*)
¿cuándo se almuerza?
EDUARDO. (*Aplaudiendo.*) ¡Palmadas!
TODOS. ¡Bravo por el orador!
SALAZAR. Aquí no hay bravo ni brava:
cuando al estómago llega
la política, no hay patria.
CÁRLOS. Dejádme con don Calisto
solo: entrad en esa sala.
SALAZAR. ¡Qué perspectiva! (*Mirando al interior de la quinta.*)
CÁRLOS. Podeis
tomar el agenjo.
SALAZAR. ¡Santa
palabra! Adentro, muchachos:
TODOS. ¡Al asalto! (*Entran.*)
SALAZAR. (*Siguiéndolos.*) ¡Y viva España!
(*Llevando aparte á Cárlos.*)
Dí, ¿cómo van tus amores?
¿Está Luisa mas humana?
CÁRLOS. Como siempre.
SALAZAR. Te lo he dicho:
á mal de amores, Champaña.

ESCENA VI.

CÁRLOS. — D. CALISTO.

CÁRLOS. ¿Y bien?
D. CALISTO. Todo está arreglado
del modo que á usted le agrada.
CÁRLOS. ¿Los tres mil duros?
D. CALISTO. Aquí.
CÁRLOS. Vengan.
D. CALISTO. Antes, dos palabras.
CÁRLOS. ¡Qué pesadez!
D. CALISTO. Es preciso
que hablemos en confianza.
Usted gasta á troche y moche,
Cárlos, sin pararse en barras,
y lo que se vá no vuelve.
CÁRLOS. A usted no le importa nada;
¿no cobra los intereses
que le corresponden?
D. CALISTO. Tantas
cuentas se aglomeran ya....
CÁRLOS. Yo tengo de qué pagarlas.
D. CALISTO. A eso vamos: las haciendas
de Santander, si no engañan
mis datos, que no lo creo,
han de estar hipotecadas:
y por sumas muy crecidas.
Por otra parte, me alcanza
usted varios pagarés
que en mi cartera descansan.
CÁRLOS. Está bien... liquidaremos
mas adelante, hoy me llaman
otros negocios...
D. CALISTO. ¿De amor?
CÁRLOS. ¡Bien puede ser!
D. CALISTO. ¡Buena alhaja!
En fin, sepa usted que apenas
llegó á mis manos su carta,
cogí el dinero y me vine...
CÁRLOS. Pues démelo usted: ¿qué tarda?
D. CALISTO. Poco á poco: que entre amigos
han de ser las cuentas claras.
Yo daré los tres mil duros,

pero su firma me falta.

CÁRLOS. ¿Un pagaré?

D. CALISTO. No señor.
¡Cá! Yo tengo confianza
en usted, y no le exijo
pagaré ni...

CÁRLOS. ¡Vaya en gracia!

D. CALISTO. Únicamente la firma (*Presentándole una escritura.*)
así... pues... sin importancia...

CÁRLOS. (*Coge la escritura y lee.*)
¡Cómo! hipotecar la quinta
por tres mil duros... ¡ah, sátrapa!

D. CALISTO. Es solo una precaucion...
somos mortales... mañana
puede uno faltar...

CÁRLOS. Entiendo.
Firmaré, viejo sin alma.

D. CALISTO. Y yo daré los tres mil
al contado.

CÁRLOS. Hay circunstancias
en que es fuerza...

D. CALISTO. ¡Pues!

CÁRLOS. Entremos,
que voy á firmar.

D. CALISTO. (*Aparte, siguiéndole.*) (Se amansa.)

ESCENA VII.

VICTOR, *solo.*

VICTOR. Por las señas que me han dado
esta es la quinta. Ya dentro
me miro de ella, y no encuentro
á nadie. ¿Me habré engañado?
No hay otra. A esperar me obligo.
—¡Cómo late satisfecho
el corazon en el pecho
cuando se espera á un amigo!
Con sentimientos estraños
hoy me viene á la memoria
la dulce, tranquila historia
de nuestros primeros años.
Para renovar los lazos
de nuestra antigua amistad,
te esperan con ansiedad,

Cárlos, mis tiernos abrazos.
Nadie se acerca y anhelo...
(Mirando al interior de la quinta)
¿mas no es aquél? ¡Sí, voto á!
(Llamándole) ¡Cárlos!

CÁRLOS. *(Saliendo)* ¡Víctor!

VÍCTOR. Ven acá:
¡abrázame, vive el cielo! *(Se abrazan)*.

ESCENA VIII.

VÍCTOR.—CÁRLOS.

CÁRLOS. Al cabo te logro ver....
gracias, señor ingeniero...
te hacía en el estranjero.

VÍCTOR. Pues vengo de Santander.
En Bélgica practicaba
mis estudios, cuando allí
una órden recibí
que director me nombraba
del ferro-carril que al Norte
nuestra provincia unirá
con el que pronto vendrá
de Santander á la córte.

CÁRLOS. Señor director, muy bien.

VÍCTOR. Vengo á Madrid á esperar
la órden de comenzar
los trabajos, y tambien
á darte un abrazo. Ahora
solo te falta saber
que traigo de Santander
noticias...

CÁRLOS. *(Aparte.)* Llega en mal hora.

VÍCTOR. Ya sabes...

CÁRLOS. *(Interrumpiéndole)* ¿Has almorzado?

VÍCTOR. En Madrid.

CÁRLOS. Lo siento mucho.

VÍCTOR. Pues Margarita...

CÁRLOS. (¡Qué escucho!)

VÍCTOR. Mil quejas de tí me ha dado...

CÁRLOS. Ven, te voy á presentar
á mis amigos.

VÍCTOR. Espera,
tiempo tendremos: quisiera

á solas contigo hablar
de Margarita.

CARLOS. Pues bien,
luego hablaremos.

VICTOR. Parece
que te has turbado.

CARLOS. ¿Yo?

VICTOR. Crece
mi curiosidad.

CARLOS. ¿Y quién
se atreve á suponer.....?

VICTOR. ¡Yo!

CARLOS. De conversacion mudemos,
Victor.

VICTOR. No tal: acabemos
de una vez.

CARLOS. ¿Te enojas?

VICTOR. No,
si me hablas con claridad
cuanto te pasa.

CARLOS. No puedo.

VICTOR. ¿Por qué?

CARLOS. ¡Víctor, tengo miedo
de decirte la verdad...!
Abismos del alma son
los que ayer nos parecian
bienes que al alma venian
en alas de la ilusion.
El tiempo, siempre en acecho
del hombre, contínuo avanza...
dá un suspiro la esperanza
y abre una tumba en el pecho;
que cuanto la miras más,
más tus heridas despierta;
tumba que siempre está abierta.
que no se llena jamás.
Si un dia prudente y cuerdo
la examinas, con horror
ves que solo dá el amor
la triste flor del recuerdo.
—¡Cese tu curiosidad
cuando este amor se derrumba...
no te asomes á una tumba
para ver una verdad!

VICTOR. Por otra mujer se agita
tu corazon. ¡Oh, la ausencia...!

Ya se vé... mas no hay paciencia...
¿qué va á ser de Margarita?
Al salir de Santander,
con infantil alegría,
—«Busca á Cárlos»—me decia,—
«díle mi amor»—¡y era ayer!
¡Dichoso tú que encontraste
ese ángel en tu camino!
No tan feliz mi destino
fué en amores.

CÁRLOS. ¿Te engañaste?

VÍCTOR. Me engañaron, que es peor:
por eso sigo en mis trece:
á quien menos lo merece
consagramos nuestro amor.

CÁRLOS. ¡Horrible verdad!

VÍCTOR. ¡Sí á fé!
La que hoy tu pecho maltrata,
¿merece tu amor?

CÁRLOS. Me mata
su desden.

VÍCTOR. Lo sospeché.
Mira, Cárlos, si pudieras
volver los ojos atrás,
feliz te hicieran quizás
tus ilusiones primeras.
¡De otro modo, ese amor teme,
si en tu mente no se borra!

CÁRLOS. ¡Díle al rio qne no corra,
díle al sol que no me queme!
¡Manda, mas bien, que despacio
cruce el viento las esferas,
ó que las nubes ligeras
se claven en el espacio!

VÍCTOR. Pues bien, lucha y vencerás.
—no te abandones así...—
Yo tambien luché y vencí...
—¿has de ser ménos?

CÁRLOS. Quizás.
—¿Y qué bienes proporciona
al hombre el mezquino empleo
de dominar un deseo
que otro triunfo galardona?
Condenarse á eterna guerra
sin gloria ni porvenir...
—si esto, Víctor, es vivir,

yo estoy demás en la tierra.

VÍCTOR. ¡Impío! ¿Qué escepticismo
mueve tu lengua maldita,
y te empuja y precipita
á un inevitable abismo?
¿Pues qué, todos los placeres
que la creacion encierra
se reducen á la guerra
de amoríos y mujeres?
Los que sin fé ni ambicion
derrochais hoy la fortuna
amontonada por una
honrada generacion;
los que en el ócio habitais
sin levantar nunca el vuelo
á otros mundos, á otro cielo
que la tierra que pisais;
los que el alma consumís
en luchas que no dan gloria
sin que dejeis mas memoria
que el instante que vivís;
—si en vuestros pechos se anida
un deseo que batalla,
¡ya vuestra cólera estalla!
¡ya maldecís á la vida!
¡Necios! del suicidio en pos
vuestra voz al cielo apremia...
¡No se ha dicho una blasfemia
mas horrible contra Dios!

CÁRLOS. ¡Víctor! ¡Víctor! acabemos.

VÍCTOR. Siempre verdad te diré.

CÁRLOS. Y yo no te escucharé.

VÍCTOR. Bien, mas tarde lo veremos.
Si ya al piélago profundo
de la vida te has lanzado,
yo estaré siempre á tu lado,
seré tu apoyo en el mundo;
y aunque ese amor que te agita
mis consejos dé al olvido,
siempre gritaré á tu oido:
—¡Margarita, Margarita!

VOCES FUERA. ¡Cárlos!

VÍCTOR. Te llaman.

CÁRLOS. Serán
mis amigos. ¿Vienes?

VÍCTOR. Tengo

que escribir. No te detengo.

CÁRLOS. Pues escribe aquí.

VÍCTOR. Bien.

CÁRLOS. Juan, *(Llamando)*
trae recado de escribir
al jardin.—Víctor, te dejo
por un instante *(Dándole la mano.)*

VÍCTOR. No cejo
en mi intento hasta morir.

ESCENA IX.

VÍCTOR. — JUAN.

VÍCTOR. Pues señor, esto vá mal;
Cárlos está decidido...
¿mas quién será la mujer
que así le trastorna el juicio?

JUAN. Aquí hay tintero y papel.

VÍCTOR. ¡Juan!

JUAN. ¿Es usted, señorito?
Ha tiempo que no le vemos.

VÍCTOR. Ya sabes que soy amigo
de Cárlos...

JUAN. Sin duda

VÍCTOR. Data
nuestra amistad desde niños:
sus negocios me interesan
aun casi mas que los mios.

JUAN. Es natural, porque al cabo...
(Si descubre mis trapillos....)

VÍCTOR. Quiero saber la verdad:
¿á quién ama?

JUAN. (Eso es distinto.)
¿A quién ama? No lo sé.
Hace dias que lo miro
caviloso, y viene, y vá,
y grita, y lanza suspiros,
escribe cartas, y luego
en medio de sus amigos,
bebe, y se aturde, y se duerme,
y al otro dia, lo mismo.

VÍCTOR. ¿No sabes más?

JUAN. No señor;

solo de la casa cuido;
de preparar comilonas,
que es cuanto atañe al servicio...

VÍCTOR. ¡Ya!

JUAN. (No hablaré del Champaña,
que el ingeniero es muy listo.)

VÍCTOR. ¿Y su hacienda?

JUAN. En cuanto á eso...
él gasta y triunfa...

VÍCTOR. Sin tino.
Déjame solo.

JUAN. Está bien.
(Le respondí como un libro.)

ESCENA X.

VÍCTOR, *solo*.

VÍCTOR. Sin duda todos le venden:
amor, criados y amigos.
—Planta estéril, vida inútil
sin mas ley que su capricho;
pero yo le salveré.
Empecemos ahora mismo. (*Se sienta y escribe.*)
«Margarita, sin perder
»mas tiempo, ponte en camino.
»Ven á Madrid, porque Cárlos,
»tú y yo estamos en peligro.»
—¿En peligro? Por qué no?—
«Adios y manda á tu amigo.»
—Ya está. ¿Se la doy á Juan?
La echaré yo: no me fio.

ESCENA XI.

VÍCTOR.—CÁRLOS.—SALAZAR.—EDUARDO.—CONVIDADOS.

SALAZAR. Venid á que nos dé el aire...

EDUARDO. Está el ambiente muy tibio.

SALAZAR. Eso es que ya en tu cabeza
el Champagne hace su oficio.
Por mi parte estoy sereno.

EDUARDO. En tí no hace efecto el vino.

CÁRLOS. Juan, trae copas y botellas.

SALAZAR. Hermoso dia. Respiro

aquí con mas libertad.
¡Sublime sol, te bendigo,
y te...! *(á Cárlos, por Victor.)* (¿Chico, quien es éste?)
Aquí os presento á mi amigo
Víctor, director hoy dia
de un ferro-carril.

SALAZAR. ¡Magnífico!
En él saludamos todos
á los progresos del siglo.

VÍCTOR. *(Aparte.)* ¿Se burlan de mí?) ¡Señores! *(Saludando.)*

SALAZAR. *(A Cárlos.)* ¡Estás triste! ¡Vive Cristo!
¡que así te trate el amor!

CÁRLOS. ¡Dejadme! *(Yendo á sentarse á la derecha.)*

SALAZAR. No quiero, y brindo
porque la ingrata se amanse,
y se humanice contigo.

VÍCTOR. ¡Oh, las mujeres...!

SALAZAR. ¿No es cierto
que hace mal?

VÍCTOR. Asi lo afirmo.

SALAZAR. Y este insigne badulaque
es muy capaz, por lo visto,
de matarse, ó de casarse,
que todo al cabo es lo mismo.
Nosotros, que caminamos
por lo vida dando brincos,
tras la flor de los placeres,
apartando los espinos,
¿consentiremos jamás
en tu perdicion? ¡No! y sigo:
ama si quieres, pero ama
con la sencillez del niño
que corre en pos de un juguete
y lo arroja al conseguirlo;
ama como al sol las flores
mientras conservan su brillo;
como el pájaro en el aire
ó como el pez en el rio;
ama un dia, y al siguiente
lanza tu amor al olvido.

TODOS. ¡Bravo!

EDUARDO. ¡Otra copa!

SALAZAR. ¡Bebamos!
Copa en mano y al avío.
Que brinde Cárlos.

CÁRLOS. ¿Por quién?

SALAZAR. Por la juventud.
CÁRLOS. Pues brindo:
(Coje una copa y se coloca en medio de los demás.)
Cuando la mujer amada
se acerca á mí balbuciente,
y baña de luz mi frente
con su límpida mirada;
cuando el alma enamorada
me dá en cambio de la mia,
¿qué me importa su falsía?
¡Si mañana me abandona,
será su amor la corona
de mi juventud un dia!
TODOS. ¡Muy bien!
VÍCTOR. Cumpliste un deber
con la juventud. Ahora
tu pasion devoradora
te cumple tambien vencer.
CÁRLOS. ¡Oh!
SALAZAR. Sí, dice la verdad:
esa mujer ó demonio,
al lazo del matrimonio
quiere unir tu libertad.
CÁRLOS. No hablemos de mí.—Señores,
que Víctor nos cuente aquí
sus amores.
VÍCTOR. ¿Yo?
TODOS. ¡Sí, sí!
CARLOS. Quiero saber tus amores.
¿No me has dicho que importuna
llama de amor abrigaste,
y que en silencio lloraste
rigores de tu fortuna?
VÍCTOR. Báh, no merece la pena...
CÁRLOS. ¿Porqué nó?
VÍCTOR. Si empeño has hecho...
oye una historia que el pecho
aun de tristeza me llena.
(Todos le rodean.)
—Era una tarde: la cumbre
del mas elevado monte,
bañaba en el horizonte
del sol la postrera lumbre.
De la brisa al murmurar,
se iban tendiendo las brumas
sobre las blancas espumas

que bordan de plata el mar.
Una mujer exhalaba
en mis brazos su alegría,
y al morir la luz del dia
con sus ojos me alumbraba.
Respirábamos la esencia
de las rosas y jazmines
en los estensos jardines
de las playas de Valencia.
El fuego de amor interno
quemó de placer su lábio,
mientras que, por mas agravio,
me juraba amor eterno.
Un hora pasó: las bellas
luces de la tarde en calma
se apagaron, y mi alma
vió una noche sin estrellas.
El nuevo dia lució,
fuí la mujer á buscar,
y en aquel mismo lugar
traidora me abandonó.
(Con energía.)
Lo que mi pecho sentia,
mi voz á narrar no alcanza...
—¡asombra tanta mudanza
en el espacio de un dia! (*Pausa.*)
—Despues... supe con horror
que el lujo la fascinaba,
y su impureza ostentaba
en el altar de otro amor.
Desde entonces escondí
mi corazon, y en mi afan,
rubor causándome están
las lágrimas que vertí.
Nadie supo su desden...
con mi afliccion me encerraba...
—Luego, como todo acaba,
mi amor acabó tambien.

CÁRLOS. ¿No tuviste alguna nueva
de ella?

VÍCTOR. Nunca lo intenté.
¡Noticias! ¿y para qué,
cuando mi honor las reprueba?
Ocupado el corazon
en mis estudios, su agravio
perdoné, sin que mi lábio

dijera una maldicion.

CÁRLOS. Si mi amistad, no te asombre,
un servicio reclamára
de tí...

VÍCTOR. No te lo negára.

CÁRLOS. Pues quiero saber el nombre
de esa mujer.

VÍCTOR. Si un servicio
lo juzgas... mi rectitud
sabe elogiar la virtud
como despreciar al vicio.
Y la razon es bien clara:
si ella de mí se burló,
¿debo defenderla yo?
su nombre es Luisa de Lara.

CÁRLOS. ¡Mientes!

VÍCTOR. ¡Cárlos¡

CÁRLOS. ¡Mientes, sí!
sabias mi amor por ella
y has forjado esa querella
para afrentarme.

VÍCTOR. ¿Yo?

CÁRLOS. Aquí
donde la duda has sembrado,
delante de mis amigos
que son de mi amor testigos,
díme que te has engañado.

VÍCTOR. Mi lengua no ha sido avara
nunca del honor ageno:
aquí y en todo terreno
acuso á Luisa de Lara.

CÁRLOS. ¡Ella! (*Cayendo sobre un asiento.*)

VÍCTOR. Cese ya tu afan.
Hay mujeres que tan solo
luto, desengaño y dolo
engendran por donde van.
—Señores, solo un instante
quiero con Cárlos hablar

SALAZAR. La corrida va á empezar;
vamos nosotros delante (*Salen todos.*)

ESCENA XII.

VICTOR.—CARLOS.

VÍCTOR. ¡Cárlos!
CÁRLOS. ¡Déjame! *(Se levanta y pasa al otro lado.)*
VÍCTOR. ¡Oye!
CÁRLOS. ¡No!
Yo la veré...
VÍCTOR. Ten mas calma.
CÁRLOS. ¡Dile que se calle al alma
que vió un cielo y lo perdió!
VÍCTOR. !Huye de ella!
CÁRLOS. ¿Por qué huir?
¡Ya deseo su tortura!
¡y yo la creia pura!
¡cómo he de hacerla sufrir!
Egoista es el tormento
que aquí implacable se muestra...
¡quiero tambien la siniestra
igualdad del sufrimiento!
VÍCTOR. No pienses tal.
CÁRLOS. ¡Me confundo!...
Víctor, soy muy desgraciado;
aléjate de mi lado,
déjame solo en el mundo.
VÍCTOR. No; si esa pasion maldita
mis consejos da al olvido,
gritaré siempre á tu oido:
—«¡Margarita, Margarita!» *(Cárlos vuele á caer sbre un asiento ocultando el semblante con las manos.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

MADRID.

Sala en casa de Luisa, amueblada con lujo.—Puerta al foro y laterales, con cortinaje de seda, consola, grandes espejos, alfombra, etc.

ESCENA PRIMERA.

MARGARITA — LUISA.

LUISA. Todavía no me has dicho
lo que á la córte te trae.
¿Permanecerás en ella
mucho tiempo?

MARGARITA. No me es dable
por mas que lo intente, Luisa,
complacerte. No te enfades,
si te digo que esta vida
me parece insoportable.

LUISA. ¿Insoportable? ¿Tan pronto,
y ayer á Madrid llegaste?

MARGARITA. Nunca he vivido dos dias

separada de mi padre.
LUISA. ¿No vino contigo?
MARGARITA. Sí.
LUISA. ¿Y no volverá á buscarte?
MARGARITA. Pero su ausencia será...
LUISA. —De ocho dias lo mas tarde.
Esta mañana se fué,
porque asuntos importantes
del comercio, reclamaban
su presencia en Alicante.
Pero te dejó en mi casa
con mucho empeño encargándome
que hiciera por distraerte
cuanto aquí me fuera dable.
Y mi amistad...
MARGARITA. Lo sé, Luisa,
pero te afanas en valde
por divertirme... mañana,
hoy quizás, todo se aclare,
y entonces podrás saber
el motivo que me trae
á Madrid.
LUISA. Bien, como gustes.
Solo me resta anunciarte
que en mi casa eres la dueña;
que en ella ordenes y mandes
cuanto cumpla á tu deseo;
que nuestras familias antes
fueron amigas, y el lazo
que las unió, sin menguarse
con el tiempo, Margarita,
haremos por conservarle.
MARGARITA. Eso anhelo; pero dime:
—sola y huérfana quedaste,
¿cómo así puedes vivir?
Cuando te llamó mi padre
¿porqué no te fuiste, Luisa?
Tu pena debió ser grande,
y mi cariño te hubiera
consolado en cuanto cabe.
Una familia en nosotros
hallarias.
LUISA. Era tarde
MARGARITA. ¿por qué?
LUISA. Margarita, tú
muy poco del mundo sabes...

MARGARITA. Nunca he vivido en la córte.
LUISA. Yo sí, por eso llevarse
mis ilusiones el tiempo
he visto sin que me pasme.
Lanzada en el torbellino
de sus fiestas y sus bailes,
la córte ha sido mi patria,
y la cuna de mis males.
MARGARITA. ¿De tus males? ¡Pobre Luisa!
¿Ya desengaños lloraste?
LUISA. No lo sé... mi sino acaso...
mas no me quejo de nadie.
Hay una edad para todos
en que la mente, ufanándose
de los placeres del mundo,
tras ellos vá sin exámen.
Esta edad era la mia
cuando murieron mis padres.
Retirarme con vosotros
hubiera sido muy fácil,
mas la voluntad fué débil
y el corazon fué cobarde.
Mariposa de la vida,
mis alas batí en el aire:
un ruido me fascinaba,
un rayo de luz, un trage,
todo lo que era, cual yó,
movible, leve, insconstante.
De esta manera he pasado
los dias mas envidiables
de mi juventud. Ya vés
que era imposible encerrarme
contigo en la soledad
de una provincia.
MARGARITA. ¿Y hallaste
en esos placeres, Luisa,
que tan bien ponderar sabes,
cuanto el alma ambicionaba?
LUISA. Eso... lo sabrás mas tarde.
MARGARITA. Pues yo no comprende cómo
vivís en Madrid...
LUISA. Es fácil...
se vive de varios modos.
MARGARITA. Sin ir mas lejos, tú no haces.
mas que pensar en paseos,
en teatros, en los bailes...

¿No trabajas nunca?

LUISA. ¿Quieres
ocupacion mas laudable?
Así se pasan los dias...
mas tú en Santander ¿qué haces?

MARGARITA. ¿Yo? Trabajar: de la casa
llevo el peso: y á mi padre
le ayudo en sus mil negocios
del comercio.

LUISA. ¡Eres un ángel,
Margarita! ¡Já, já, já!
¿sabes de cuentas? ¡Me place!...
Con que tú... ¡bonito empleo!

MARGARITA. ¿Qué hay en ello que te estrañe?
¿Es un crímen trabajar?

LUISA. Y dí, no te enamoraste
nunca de un... así... ¿me entiendes?
¿como tú... de un comerciante?

MARGARITA. ¿Te burlas?

LUISA. Perdóname.
¿Pero has amado?

MARGARITA. No cabe
en un corazon leal
amor mas puro y mas grande.

LUISA. ¿A algun paisano?

MARGARITA. Y amigo,
de mi niñez.

LUISA. ¿Le otorgaste
palabra y mano?

MARGARITA. Sí á fé.
En presencia de mi padre,
y ante Dios que no consiente
que al juramento se falte,
se unieron dos corazones
que nunca han de separarse;
—¡y lo que ante Dios se jura
solo la muerte deshace!

LUISA. ¿Y él piensa como tú?

MARGARITA. Sí.

LUISA. Mucho de su honor fiaste.

MARGARITA. No mas de lo que merece;
pues si él llegára á faltarme,
creyera que sombras son
los rayos que el sol reparte.

LUISA. ¡Qué candidez, Margarita!
—¿Salimos?

MARGARÍTA. ¡Pues no!
LUISA. A aviarte (*Tira de la campanilla.*)
vé, mientras dispongo yo
que la berlina preparen.
MARGARITA. Tengo que hacer varias compras.
LUISA. Veremos las principales
tiendas.
MARGARITA. Y avisa si viene...
LUISA. ¿Quién?
MARGARITA. Un amigo á buscarme (*Se va por la izquierda.*
—Un criado se presenta.)
LUISA. Que enganchen, y avisa luego.
CRIADO. Está bien.
LUISA. ¿Quién entra? (*Viendo á D. Calisto.*) ¡Calle!
¿Usted por aquí?

ESCENA II.

LUISA.—D. CALISTO.

D. CALISTO. ¡Señora!
¿va usted á salir?
LUISA. Mas tarde.
¿Qué ocurre de nuevo?
D. CALISTO. Nada
de bueno, y sí muchos males.
LUISA. ¡D. Calisto!
D. CALISTO. A lo hecho, pecho.
LUISA. ¿Eh? trata usted de asustarme?
D. CALISTO. Luisa, tenga usted mas calma...
que la fortuna es mudable...
y lo que hoy se pierde...
LUISA. Ya
comprendo. La Bolsa...
D. CALISTO. Al traste
dió con los cálculos todos
que en ella fundamos antes.
LUISA. ¡Era mi última esperanza!
D. CALISTO. Yo solo soy el culpable,
yo que á usted aconsejaba
de buena fé, que jugase.
LUISA. ¿Y no hay remedio?
D. CALISTO. Ninguno:
hay que pagar.

LUISA. Pues bien... Páguese
todo; aunque pobre me quede
no quiero deber á nadie.
D. CALISTO. Yo no puedo consentir
en su ruina.
LUISA. ¿Remediable
es el mal...?
D. CALISTO. Tal vez.
LUISA. No veo...
D. CALISTO. Yo soy rico... ¿y de qué valen
las riquezas á este viejo?
LUISA. ¡D. Calisto!
D. CALISTO. No se enfade
usted.
LUISA. ¡Limosnas no acepto!
D. CALISTO. Ni lo imaginé un instante.
Otra, Luisa, es mi intencion.
Si quiere usted escucharme...
LUISA. Diga usted...
D. CALISTO. Lo que á decirla
voy, señora, es algo grave.
Usted pierde su fortuna
sin falta: por un enlace
ventajoso, recobrarla
pudiera en el mismo instante.
LUISA. ¿Un enlace?
D. CALISTO. Luisa, hablemos
con franqueza: un año hace
que la amo á usted...
LUISA. ¡D. Calisto!
D. CALISTO. Y es mi pasion tan gigante
cuanto comprimida brota
en un cuerpo miserable.
LUISA. ¡Basta!
D. CALISTO. Piénselo usted bien.
No pido amor, que no es fácil,
separadas por los años,
enlazar dos voluntades.
Pero en cambio hay otros goces
cuando son inagotables
las riquezas... queda el lujo,
queda el esplendor...
LUISA. En valde
se esfuerza usted... sé muy bien
la importancia de ese enlace.
D. CALISTO. ¿Podré esperar?

LUISA. ¡Nada!
D. CALISTO. ¡Adios!
LUÍSA. Que mis créditos se paguen.
D. CALISTO. (No perdamos la esperanza :
con paciencia todo es fácil.)

ESCENA III.

LUISA.

LUISA. ¡El lujo... la ostentacion!...
Todo lo comprendo, sí,
Loca tras ellas corrí
con impía adoracion.
Con sus mandatos acorde
mi voluntad imperaba,
y verme no imaginaba
de hondo precipicio al borde.
Hoy muere mi vanidad
á impulsos de este dolor...
¿ qué ha de hacer la mústia flor
que empuja la tempestad?
¡ Cárlos tambien ! Ya sin verme
ocho dias han pasado:
la esperiencia me ha engañado,
y no debe sorprenderme.
Si en mis cálculos no ví
que el desden le cansaría,
tirana belleza mia,
estoy quejosa de tí.

ESCENA IV.

LUISA. — CÁRLOS.

LUISA. ¿Quién llega? ¡ Cárlos!
CÁRLOS. ¡Señora!
LUISA. (Finjamos.) ¿ Qué tiene usted?
CÁRLOS. ¿ En mi semblante se vé
la pena que me devora?
LUISA. ¡Penas usted!
CÁRLOS. Está claro.
LUISA. ¿ Y qué causa?
CÁRLOS. Usted la sabe.
LUISA. ¿ Yo?

Disimulo no cabe...
LUISA. No comprendo...
CÁRLOS. Eso es mas raro.
LUISA. ¿Teme usté un mal?
CÁRLOS. Hoy lo toco.
LUISA. ¿Por mi causa?
CÁRLOS. Ese es mi daño.
LUISA. ¿Un recuerdo?
CÁRLOS. ¡Un desengaño!
LUISA. ¿Está usted loco?
CÁRLOS. ¡Sí, loco!
LUISA. ¡Qué tono tan compungido!
¡qué estrañas melancolías!
cuando han pasado ocho dias
sin vernos.
CÁRLOS. Razon ha habido.
LUISA. Ni comprendo la razon,
ni le pregunto por ella.
CARLOS. Hace usted bien: que mi estrella
aun me niega esta ocasion.
LUISA. Pues hablemos de otra cosa.
CÁRLOS. No, que á esta casa al llegar,
quiero por siempre acabar
con una duda espantosa.
LUISA. ¿Una duda? Bien: ¿Cuál es?
Pero tomemos asiento. (*Se sienta, Cárlos se queda de pié á su lado.*)
CÁRLOS. Luisa, ha llegado el momento
de hablar claro.
LUISA. ¿Claro?
CÁRLOS. Pues.
Ya sabe usted mi pasion,
inútil es que la cuente
cómo esta pasion ardiente
se ha entrado en mi corazon.
LUISA. ¡Ah! (*Con alegría: aparte.*)
CÁRLOS. No sé como en mi seno
tanto tiempo la abrigué,
yo, que siempre me burlé
de mi amor y del ageno.
De sus caprichos tiranos
siempre sacudia el yugo,
y hoy ven en él su verdugo
mis deseos soberanos.
No quise á usted preguntar
su pasado ni su historia,

porque siempre mi memoria
le alzó en mi pecho un altar.
Y aquí usted, flor que mecia
al aura casta su broche,
era mi sueño de noche,
mi pensamiento de dia.
En mi confianza suma
tan pura á usted la miraba,
como el cisne que bañaba
en la onda del mar su pluma.
Y un dia y otro pasé
amándola á usted, señora,
cándida como la aurora
de los sueños de Pradier.
—¡Pero con mano atrevida
llegó un profano al altar,
echó el ídolo á rodar,
y se estremeció mi vida!

LUISA. (*Se levanta.*) ¡Cárlos! (*Dominándose, con risa fingida.*)
—¡Qué historia tan linda!
¡Casi inspirado está usté!
pero permítame que
de su aplicacion prescinda.
Nada tengo yo que ver,
aunque usted diga otra cosa,
con el cisne, ni la rosa,
ni la aurora de Pradier.
¡Qué usted me ha llegado á amar!
que le pesa... ¡hay tal porfía!
¿Y para esa tontería
¿me obliga usted á escuchar?

CÁRLOS. Luisa, todo no lo he dicho.

LUISA. ¿Aun hay mas? (*Aparte.*) (¿Qué irá á decir?)

CÁRLOS. Cuando me vé usted sufrir
no será por un capricho.
Si yo á usted llegase un día,
y por pura y por honrada
pidiera su mano amada;
¿usted la concedería?

LUISA. (*Aparte.*) (¡Valor!) (*Alto.*) ¡Sí!

CÁRLOS. Mas si una historia,
de amores recuerdo vivo,
con acento vengativo
yo tragese á su memoria...

LUISA. La escuchára sin temblar,

que esas historias de amores
son fantasmas tentadores
que á mí no pueden llegar.
Si mañana usted me olvida
y otro su amor me echa en cara,
¿qué importa? La ofensa es clara,
y la honra no está perdida.

CARLOS. Sucede al contrario aquí,
usted fué quien le dejó.

LUISA. Si no habla usted claro, yó...

CARLOS. Claro hablaré, pese á mí.
Víctor amó á usté en Valencia...
un verano..

LUISA. Ah! sí! es verdad
(*Aparte.*) Lo sabe! fatalidad!
(*Alto.*) ¿Y él cometió la imprudencia
de contar?...

CÁRLOS. Todo.

LUISA. No sé
lo que habrá dicho, mas yo
tan solo sé que me amó
y que yo nunca le amé.
Créale usted en buen hora.
Pero esa duda imprudente
nos separa eternamente...
¡Adios... por siempre!

CÁRLOS. (*Saludando.*) ¡Señora!
(*Hace que se va. Luisa cae sobre una butaca. Cárlos se vuelve desde el foro*)

LUISA. (*Observándole.*) Se detiene... hemos de ver.
quien puede mas de los dos.

CÁRLOS. (*Aparte desde la puerta.*)
¿Qué estraño misterio ¡oh Dios!
me encadena á esta mujer?
(*Bajando hasta donde está Luisa*)
Luisa, mi pasion asombra...
quiero marcharme y no puedo...
muevo la planta y me quedo
clavado sobre la alfombra.

LUISA. Entre los dos acabó
todo, Cárlos.

CÁRLOS. No es posible.

LUISA. Ante esa sospecha horrible,
¿ya, qué debo esperar yo?

CÁRLOS. ¡Todo!

LUISA. Por la última vez,

dos palabras: Yo soñaba
con ese amor que humillaba
mi natural esquivez.
(*Con fingido sentimiento.*)
Por eso de usted huia
temiendo, no sin razon,
la torpe profanacion
que al cabo le alcanzaria.
Un sentimiento profundo
á lanzar hoy me convida
la postrera despedida
á los encantos del mundo.
Esta confesion no altera
la paz que jurado habemos...
Cárlos, nunca nos veremos...
¡Adios, por la vez postrera!
(*Vá á salir, y Cárlos la detiene.*)

CÁRLOS. ¡No puedo resistir mas!...
¡Tu amor es hoy mi tesoro!
¡Luisa, te amo, te adoro!
¿Qué me importa lo demás?

LUISA. ¿Sera verdad, Cárlos?

CÁRLOS. ¡Sí!

LUISA. ¿No es una esperanza vana?

CÁRLOS. Mi esposa serás mañana,
y luego huiremos de aquí.

ESCENA V.

DICHOS.—MARGARITA, *vestida para salir, aparece por la primera puerta izquierda del actor.*

MARGARITA. ¿Vamos? ¡Ah!

CÁRLOS. (*Viéndola.*) ¡Cielos!

LUISA. (*Muy alegre.*) Perdona,
Margarita, me olvidé...
Voy á arreglarme... saldré
luego.—¡Qué linda, qué mona! (*Besándola.*)
¡Se altera tu rostro hermoso!

CÁRLOS. (¡Dios ó el infierno la envía!)

LUISA. Te presento, amiga mia...
Cárlos, mi futuro esposo...
(*Se vá por la primera puerta de la izquierda.*)

ESCENA VI.

CÁRLOS. — MARGARITA.

CÁRLOS. ¡Margarita!
MARGARITA. ¡Silencio! no hay palabras
que tu ofensa disculpen.
—Me has olvidado... ya lo sé... lo veo...
lo toco, Cárlos, y aunque está presente
tu traicion á mis ojos, no la creo.
Me engañé, ¿no es verdad? ¡Aun centellea
de mis sueños de amor la antigua pompa!
¡Habla, y tu voz en mis sentidos sea
luz que las nieblas de mi mente rompa!
¡Habla!
CÁRLOS. ¡No puedo!
MARGARITA. Lo comprendo todo:
¿qué corazon, al renovar los lazos
de amor, no corre á consolar sus penas
de la mujer amada entre los brazos?
—Mírame bien; de mis enjutos ojos
las lágrimas no corren;
mis dichas, no mis males, las darian;
—¡hoy si salir quisieran, mis enojos
en su fuego fatal las secarian!
CÁRLOS. Tú, Margarita, á comprender no alcanzas,
en tu retiro y soledad mecida,
cómo se pierden ¡ay! las esperanzas
en los revueltos mares de la vida.
MARGARITA. ¡Nunca el perjurio á comprender alcanzo;
solo al deber mi corazon se postra!
Y si llegase un dia
en que insensato el corazon quisiera
triunfar de mí, luchando moriria;
—¡primero que aceptar su infame yugo
mi propio corazon me arrancaria!
CÁRLOS. ¡Oh! nada tengo que decirte... (*Haciendo un movimiento para salir.*)
MARGARITA. (*Deteniéndole.*) Escucha:
óyeme al menos resignado. —Quiero
traer á tu memoria,
de aquellos dias de inefables goces
la regalada historia,
¿Te acuerdas? ¡Cuántas noches murmurando

del mal las ondas á mis pies rodaban,
mientras del bosque la estension poblando,
alegres se agitaban
las auras caprichosas
que los suspiros de tu amor llevaban!
Mirándome feliz, cuánto ¡te adoro!
me decia tu acento;
y en murmurar sonoro
—¡cuánto te adoro!—repetia el viento.
Entonces tu esperanza,
no era la estéril planta corrompida
que hoy sin aroma el huracan columpia
en el páramo ardiente de tu vida.
Cuando ante Dios se lanza el juramento
de casto amor que la existencia llena,
aceptado por Dios, eternamente
del cielo por los ámbitos resuena.
El tuyo vive allí... ¡Males tan solo
aguardan al perjuro...!
por donde quiera que los ojos tiendas,
hoy hasta el aire encontarás impuro.
¡Tú me condenas á perpétuo llanto...
pues bien, admira con horror tu obra:
—¡quién falta ruin al juramento santo,
le falta á Dios, y hasta el vivir le sobra!

CÁRLOS. ¡Oh, Margarita! Mi afliccion comprende,
ténme piedad, y sí volver pudieran
aquellos dias...

MARGARITA. El temor te engaña.
¿Qué tienes ya para alegrar mi vida
que de amargura llenas,
si dejas solo al corazon herido
el inmenso sudario de sus penas?

CÁRLOS. ¡Pues bien... adios...;

MARGARITA. *(Deteniéndole con estrema ternura.)* ¡No, no, Cárlos, detente...!
te he llamado cruel y me he engañado...
Discúlpate... te creo... son mis ojos...
son mis oidos que de mí se burlan...
son de mi mente pálidos antojos...
todo es ficcion... ¿me amas? De mi boca
ni una queja saldrá... porque te adoro,
y estoy loca... ¿es verdad?... ¡Sí, sí, estoy loca!
(Pausa.)
Ni una palabra en tu disculpa escucho...

CÁRLOS. ¡Dios mio!

MARGARITA. ¡No lo invoques! ya no lucho...
todo fué un sueño... Cárlos, no te adoro,
te compadezco.
CÁRLOS. ¿Tú?
MARGARITA. ¡Déjame, véte!
CÁRLOS. ¡Adios!
MARGARITA. ¡Adios! ¿Lo ves, lo ves? ¡No lloro!...
(*Con un gesto indica á Cárlos que salga, y permanece mirándole con aparente serenidad, hasta que él desaparece.*)

ESCENA VII.

MARGARITA.

MARGARITA. Las lágrimas que sin calma
mis párpados reprimian,
gotas de fuego caian
en el fondo de mi alma.
—¡Honor! te llevas la palma!...
¡Caro cuestas en verdad!
—¡Ay, corazon, sin piedad
nos deja el traidor!... ¡Se fué!...
—Ahora que nadie nos vé,
¡Llorad, mis ojos, llorad!

ESCENA VIII.

MARGARITA.—VÍCTOR.

VÍCTOR. ¡Aquí está!
MARGARITA. ¡Víctor!
VÍCTOR. ¡Qué veo!
¿estas llorando? ¿Le has visto?
MARGARITA. Todo lo sé...
VÍCTOR. ¡Vive Cristo
que no logra su deseo!
¿Mas cómo si ayer llegaste
y hoy tu aviso recibí,
si nadie sabe de tí,
tan pronto á Cárlos hallaste?
MARGARITA. Aquí vive la mujer,
Víctor, que Cárlos adora,
y hará apenas media hora
que juntos los llegué á ver.

VÍCTOR. ¡Juntos... infame traicion!
Creí que no volveria ..
Eso prueba la porfía
con que lucha su razon.
Mas á esa pasion siniestra
yo opondré recia muralla.
Ya ha empezado la batalla,
la victoria será nuestra.
MARGARITA. ¿Y para eso me has llamado?
VÍCTOR. Sí; tambien debes saber
que el amor de esa mujer
hará á Cárlos desgraciado.
MARGARITA. ¡Yo he perdido ya su amor!..
VÍCTOR. ¡Lucha cuando honor lo mande!
—¡Solo la virtud es grande
bautizada en el dolor!
MARGARITA. ¡A mi ambicion soberana
este sacrificio resta!
VÍCTOR. Por los dolores que cuesta
se mide la dicha humana.
MARGARITA. Si no venzo ¿qué he de hacer
de esta inútil existencia?
VÍCTOR. Le quedará á tu conciencia
la religion del deber.

ESCENA IX.

DICHOS.—LUISA.—UN CRIADO.

CRIADO. El coche espera...
LUISA. (*Saliendo.*) Está bien.
Vamos, Margarita... (*Ap. y viendo á Víctor.*)
¡Cielos!
VÍCTOR. (*Bajo á Margarita.*) Ocúltale tus desvelos
y en mí confianza tén.
LUISA. (¿A qué vendrá?)
VÍCTOR. Yo, señora, (*Pasando al lado de Luisa.*)
amigo de Margarita,
la acompaño... ¿mi visita?
le incomoda á usted ahora?
LUISA. Vamos á salir.
VÍCTOR. Mejor,
saldremos juntos.
LUISA. Saldremos.
VÍCTOR. (*Bajo á Luisa.*) Las cuentas ajustaremos
luego.

MARGARITA. (*Acercándose.*) ¿Qué?
LUISA. (*Disimulando.*) Nada: una flor...
Víctor está muy galante...
MARGARITA. ¿Vamos? (¡Fingir cuando peno!)
VÍCTOR. (Pues señor, esto va bueno)
LUISA. (Disimulo y adelante.)
(*Margarita y Luisa se dirigen al fondo mientras Víctor dice aparte.*)
VÍCTOR. Cada cual. con interés,
esconde su pena fiera,
y al vernos, dirá cualquiera:
—» ¡qué contentos van los tres! »

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

MADRID.

Salon con puertas laterales; grandes puertas al foro que dan á otro salon, por donde pasean á su tiempo los convidados: candelabros, arañas encendidas, etc...

ESCENA PRIMERA.

EDUARDO.—SALAZAR.—CONVIDADOS.

EDUARDO. Pues bien, hasta lo presente
no encuentro nada de estraño
en esta boda.

SALAZAR. Yo opino
porque no se lleva á cabo.

EDUARDO. ¿En que te fundas?

SALAZAR. ¿En qué?
Todos estais enterados
como yo.

EDUARDO. ¡Ah! Si, la historia
del ingeniero. Qué diablos,
cuando se ama bien, se arrostra

por todo; asi lo hará Cárlos.

SALAZAR. Lo dudo.

EDUARDO. Pues esta noche
se firmarán los contratos,
que para eso se dá el baile
á que estamos invitados.

SALAZAR. ¿Nada te dá que pensar
este repentino cambio
de Luisa?

EDUARDO. ¿Por qué razon?

SALAZAR. Tiempo hacia que adorando
Cárlos á Luisa, no obtuvo
jamás el sí suspirado,
y en dos dias...

EDUARDO. Es verdad.
¿Y eso que prueba? Si acaso,
que ella resistió, y que al fin
triunfó el amor.

SALAZAR. Vamos claro;
sobre este particular
cierta historia me han contado...

EDUARDO. ¿Una historia?

TODOS. Que la cuente.

SALAZAR. ¿Pero sereis reservados?

EDUARDO. ¡Bah! no saldrá de nosotros.

SALAZAR. Pues, como se miente tanto,
hay quién se atreve á decir
que Luisa un dia escuchando
consejos de Don Calisto,
fundó, yo no se que cálculos
en la Bolsa, y su ambicion
la llevó á jugar.

EDUARDO. No alcanzo
la importancia del secreto:
cualquiera juega.

SALAZAR. A eso vamos:
cualquiera juega, es verdad.
Y cuando sale ganando,
muchos plácemes y mucho...
mas si se pierde, está claro,
al que pierde se le aplica
la vida del hombre malo.
Y Luisa ha perdido.

EDUARDO. ¿Sí?

SALAZAR. ¡Toma! pues eso es lo estraño.

EDUARDO. Tal vez...

SALAZAR. Sin tal vez. Yo creo.
que Luisa no quiere á Cárlos,
y si se casa con él
es por temor á un naufragio.
EDUARDO. De todos modos, la boda,
como veis, se lleva á cabo.
SALAZAR. Ello dirá.
EDUADDO. Si él está
como un loco enamorado.
Y ella es capaz, no ya á un hombre,
de volver el juicio al diablo.
SALAZAR. No lo niego, mas conmigo
no podrian sus encantos
nada.
EDUARDO. ¡Quén sabe!
SALAZAR. Lo afirmo.
EDUARDO. Su mucho ingenio...
SALAZAR. Eduardo,
mujer que tiene esperiencia,
vade retro.
EDUARDO. ¡Ya!
SALAZAR. Al contrario
su amiga.
EDUARDO. ¿Quién, Margarita?
SALAZAR. ¡Esa sí que vale!
EDUARDO. Vamos,
te flechó la provinciana.
SALAZAR. ¡Provinciana! Pues acaso,
¿son solo las madrileñas
las que á Madrid dan encanto?

ESCENA II.

DICHOS.—VÍCTOR.

VÍCTOR. ¡Señores! (*Saludando.*)
SALAZAR. ¡Víctor! me alegro
de ver á usted: conversábamos
sobre el proyectado enlace,
haciendo mil comentarios...
VÍCTOR. ¿Qné es ello?
EDUARDO. Que Salazar
en sostener se ha empeñado,
que no podrá efectuarse.

VÍCTOR. No tendrá nada de estraño.
SALAZAR. ¿Opina usted como yo?
VÍCTOR. No tengo opinion...me callo.
SALAZAR. Segun eso...
VÍCTOR. Nada digo:
al buen callar llaman Sancho.
SALAZAR. Pues usted sabe...
VÍCTOR. En amores,
aunque es asunto trillado,
siempre se ven cosas nuevas;
¡qué quiere usted! ¡Puede tanto
una pasion!
SALAZAR. No lo ignoro.
Pero usted, sino me engaño,
á Cárlos aconsejaba...
VÍCTOR. El no quiere hacerme caso.
SALAZAR. Eso es decir..
VÍCTOR. Que hasta el fin
nadie es dichoso: el contrato
debe firmarse muy pronto;
esperemos.
(Atraviesan varias señoras y caballeros el salon del fondo.)
EDUARDO. Van llegando
las señoras.
VÍCTOR. ¡A bailar,
y á divertirse!
TODOS. Corramos.

ESCENA III.

VÍCTOR. — CÁRLOS.

CÁRLOS. ¡Víctor!
VÍCTOR. A buen tiempo llegas,
porque buscándote vengo.
Tenemos que hablar.
CÁRLOS. Ya escucho.
VÍCTOR. Cárlos, consentir no puedo
en tu perdicion.
CÁRLOS. Ya basta:
no necesito consejos.
VÍCTOR. Los que te doy son mandatos.
CÁRLOS. ¿Mandatos? ¿Con qué derecho?
VÍCTOR. Con el que me ha dado siempre

la amistad que te profeso.
Si en medio de esas tormentas
que está tu vida corriendo
perdiste de la amistad
el sagrado sentimiento;
si en tu corazon herido
por ese amor indiscreto
nada hay que responda al nombre
de tu dignidad, yo puedo,
aunque te pese, impedir
tu mal que lo miro cierto.
Cárlos, levanta la frente
como yo la mia elevo
de la honradez de mi nombre
refulgente con el sello,
y mírame sin rubor
como sin rubor te observo.
Mañana, si es que tu boda
con Luisa se lleva á efecto,
¿podrás mirarme como hoy?
No; tus negros pensamientos
hallarán una sospecha
donde busquen un recuerdo;
y palpitante, y herido,
¿cómo encontrarás consuelo,
si te mata la vergüenza,
si te asesinan los celos?
Hay una diosa terrible
que marca nuestro sendero
por el camino del mundo
dando al corazon aliento,
y es la dignidad humana,
que si una vez la perdemos
del árbol de nuestra vida
queda solo un tronco seco.

CÁRLOS. ¡Vive Dios! ¿por qué apareces,
siempre ante mis pasos puesto,
para amargar mis venturas,
para impedir mis deseos?

VCTOR. Te lo dije. Ya no es solo
tu interés el que mi esfuerzo
proteje, que hoy Margarita
por tí se queja en silencio,
y al despeñarte, la arrastras
contigo á un suplicio eterno.

CÁRLOS. ¡Víctor, te escucho y parece

que me infundes valor nuevo;
pero pasada la calma
la tempestad vuelve luego¡

VÍCTOR. Tambien como tú he llorado
sin ventura y sin consuelo
mi pasion escarnecida,
burlados mis sentimientos.
Pero una voz superior
á la voz de mis desvelos
me dijo: — «Eres hombre, sufre,
que Dios, viendo tus tormentos
la calma que el pecho llora
volverá un dia á tu pecho.»
¡Y sufrí! Pero mis penas
á mi voluntad cedieron.

CÁRLOS. Mas tú la felicidad
lloraste perdida, y luego
la ausencia te consoló.
Yo, Víctor, certeza tengo,
de su amor, Luisa me adora,
miro ante mi vista un cielo,
¿y quieres que yo los ojos
me vende para no verlo?

VÍCTOR. ¡Un cielo! ¡Pobre de tí
si se logran tus proyectos!
¿Sabes por qué mas humana
hoy Luisa te dá por premio
de tu amor su porvenir?
Yo te esplicaré el secreto,
para que de una vez, Cárlos,
conozcas todo lo horrendo
de esa contínua comedia
que representar la veo.
Luisa mira su opinion
derrumbarse por momentos,
y á la sombra de tu nombre
quiere zurcirle un remiendo.

CÁRLOS. ¿Y quién me asegura?

VÍCTOR. Yo.

CÁRLOS. Víctor, Víctor, no te creo.
Yo la he visto conmovida,
palpitante y sin aliento,
y la ficcion nunca presta
al alma el sublime fuego
del amor. Ella ha negado
la confesion que me has hecho…

VÍCTOR. Sabes que nunca mis labios
para mentir se han abierto.

CÁRLOS. Pues bien, tan solo una prueba
te pido, dámela presto,
y verás que para siempre
la dejo.

VÍCTOR. Pruebas no tengo.
Mi palabra...

CÁRLOS. No es bastante.
Adios. ¡Ah!
(*Va á entrar por la derecha, ve á Margarita que sale, y se dirige por el fondo.*)

VÍCTOR. ¿No? lo veremos.

ESCENA IV.

VÍCTOR.— MARGARITA.

MARGARITA. ¡Se aleja de mí! ¡Cruel!
Víctor, me falta valor
para sufrir su rigor
estando tan cerca de él.
Harto luché sin morir
bajo mi estrella funesta.

VÍCTOR. Muy poco tiempo te resta
de esperar y de sufrir.

MARGARITA. Le miro y baja los ojos,
me ve y se aleja al momento,
y de tan rudo tormento
escondo aquí los enojos.

VÍCTOR. Margarita, tu suplicio
puede ser su salvacion;
sufre con resignacion...
¡Dios quiere tu sacrificio!

MARGARITA. Mi amor inmenso, profundo,
por él en silencio inmolo.

VÍCTOR. Guárdalo para tí solo
donde no lo vea el mundo.

MARGARITA. Más redobla mi afliccion
á la par de la alegría
que en torno del alma mia
amontona la ocasion.
Y mi agonía no ceja,
que aumenta en la soledad;
nadie tiene caridad
del dolor que no se queja.

Mucho en tu palabra fio,
pero callar y sufrir,
Víctor, es mucho pedir,
y temo me falte el brio.

VÍCTOR. Un dia más, y la calma
á tu pecho volveré:
con la virtud y la fé
tornan las dichas del alma.

MARGARITA. Cielos, ¿por qué tanto afan
en premio de mi pasion?...
¡quiero saber la razon!
¡los cielos no me la dan!

VÍCTOR. Ese amor, ayer consuelo,
hoy tormento de tu vida,
es la ráfaga caida
por un descuido del cielo.
Mas cese tu ingratitud,
que si el bien y el mal en lucha
siempre están, Dios solo escucha
el grito de la virtud.

MARGARITA. Si á Dios mi dolor alcanza,
humilde mi voz le ruega
el consuelo que me niega
mi ya marchita esperanza.
Ayer mi pecho mecia
el aura de amor mas pura...
hoy lloro mi desventura...
¡tanto se aprende en un dia!
Horas de amargura llenas
estoy sin cesar contando,
y otros su bien celebrando
van al compás de mis penas.
Soñar un amor eterno
y en los sueños columpiarse,
y despues al despertarse
ver de repente un infierno,
fué de mi vida el ensayo...
—árbol que hermoso creció
y al estenderse abrasó
sus verdes hojas el rayo.
¡Por eso al considerar
mi espantoso porvenir,
no me mata, no, el sufrir;
lo que me mata es callar!
Que al ver la estraña alegría,
yo, que me muero de amor,

soy la estátua del dolor
que está adornando una orgía.

VCÍTOR. Silencio! álguien viene, sí.

MARGARÍTA. *(Serenándose de pronto.)*
No temas, estoy serena...
¡torne al corazon mi pena!

VÍCTOR. Retirémonos de aquí. *(Se van por el fondo, izquierda.)*

ESCENA V.

LUISA.—D. CALISTO.

(Salen por la primera puerta de la izquierda.)

LUISA. Muy bien, doy á usted las gracias.

D. CALISTO. Hice lo que usted mandó.

LUISA. El que pierde y paga, evita
la torpe murmuracion
de la gente.

D. CALISTO. En cuanto á eso,
lo hubiera impedido yo
de todos modos.

LUISA. Mil gracias;
así me gusta mejor.

D. CALISTO. Conque hoy por fin...

LUISA. ¿Eh!

D. CALISTO. ¡Qué prisa
se dá usted, válgame Dios,
por casarse!

LUISA. ¿Sí?

D. CALISTO. De veras!
tanta precipitacion
cuando ninguno creia...

LUISA. ¡Qué quiere usted!

D. CALISTO. Ya!

LUISA. ¡El amor!

D. CALISTO. ¡Paciencia!

LUISA. ¿Lo siente usted?
Ahora me acuerdo. Perdon,
D. Calisto.

D. CALISTO. Quien no quiere,
todo lo olvida.

LUISA. ¡Por Dios!

D. CALISTO. De todos modos, si un dia

mi apoyo ó mi proteccion
pueden servirla de algo...
hágame usted el favor
de...

LUISA. Seremos siempre amigos.

D. CALISTO. ¡Amistad! no sospechó
mi industria tan brusco enlace;
y lo digo sin temor,
por usted lo hubiera todo,
señora, arrostrado yo.
Si con dinero pudiese
llevar á cabo mi amor,
poco fueran las riquezas
que el trabajo amontonó
en tantos años de afanes,
dia á dia y sol á sol;
que en mí un esclavo...

LUISA. No puedo
escuchar á usted.

D. CALISTO. Me voy.
Si se ofreciese algun dia,
que no espero, la ocasion
en que usted necesitase
de un humilde servidor,
yo siempre lo fuera...

LUISA. Gracias.

D. CALISTO. Lo dicho. Hasta luego.

LUISA. Adios.

ESCENA VI.

LUISA. — VÍCTOR.

(*Luisa vá á salir por la izquierda, y se encuentra con Víctor, que la detiene.*)

VÍCTOR. Un momento.

LUISA. ¿Usted aquí?

VÍCTOR. ¿Tiene algo de estraño?

LUISA. No.

VÍCTOR. Si es que á usted le sorprendió
mi visita.—No es así
tal vez como yo debiera
entrar hoy en esta casa;
pero entre amantes...

LUISA. Ya pasa

de burla.

VÍCTOR. ¡Quién lo dijera!
A lo qne vine diré,
que es lo que mas interesa;
y hoy quebranto la promesa
que hice de no verla á usté.
Al romperla de esta suerte,
puede usted considerar
que lo que vamos á hablar
debe ser de vida ó muerte.

LUISA. Tanta gravedad me admira.

VÍCTOR. Si á usted no le admira nada

LUISA. ¿Es un chiste?

VÍCTOR. Sí.

LUÍSA. Me agrada.

VÍCTOR. Pues hablémonos sin ira,
y de mi enojo desisto.
Chistes diré á borbotones,
que para estas ocasiones
suelo venir bien provisto.

LUISA. Provista estoy yo tambien.

VÍCTOR. Mejor es así.

LUISA. ¡Pues no!
Ya escucho.

VÍCTOR. Ya empiezo yo.
—Cárlos...

LUISA. Mal principio.

VÍCTOR. Bien;
pero si aun no he dicho nada:
un poquito de atencion,
que ya vendrá la ocasion
de soltar la carcajada.
Yo soy de Cárlos amigo,
y la amistad en mi labio
nunca se trocó en agravio

LUISA. Pero eso no vá conmigo.

VÍCTOR. Con usted se va á casar...
este enlace evitaremos...
por lo que los dos sabemos
usted debe renunciar.

LUISA. ¿Está usted loco?

VÍCTOR. Tal vez.

LUISA. Me encantan sus pretensiones...
¡imponerme condiciones
á mí!...¡Es mucha candidez!

VÍCTOR. ¡Tengamos la fiesta en paz!

LUISA. De esa pretension me rio.
VÍCTOR. ¿Admite usté el desafio?
LUISA. ¡Y no he de volverme atrás!
VÍCTOR. Ni yo.
LUISA. ¿Cómo?
VÍCTOR. De tal suerte
vengo, que no retrocedo
un paso.
LUISA. Pues yo no cedo.
VÍCTOR. ¿Guerra á muerte?
LUISA. ¡Guerra á muerte!
VÍCTOR. Pues bien, señora, yo tengo
medios de perderla á usté,
LUISA. ¿Cuáles?
VÍCTOR. Con ellos conté
cuando tan sereno vengo.
Y hablemos con claridad
que ya el fingir me incomoda;
ó se deshace la boda,
ó se sabrá la verdad.
LUISA. Si usted mi eterno reposo
pretende turbar ingrato,
de su lenguaje insensato
me defenderá mi esposo.
VÍCTOR. ¡Tanta insolencia me irrita
y me volverá cruel!
¿Su esposo, cuando por él
sufre de amor Margarita?
LUISA. ¿Margarita?
VÍCTOR. Fué su amada
desde la niñez, señora;
alma que en silencio llora
su juventud despreciada.
LUISA. Pues si Cárlos la olvidó,
la culpa no ha sido mia;
que él decida en tal porfía
como quiera; mas yo no.
VÍCTOR. ¿Él, que ciego en su locura
no tiene mas pensamiento
que adorar con necio intento
su peligrosa hermosura?
Mas si de este amor, alarde
hace aun Cárlos en mal hora,
quizás en sonar la hora
de la espiacion no tarde.
Porque si nada disculpa

el frenesí que le agita,
al dejar á Margarita
no es suya toda la culpa.
(Con intencion.)
Si llega traidoramente
el corazon á mordernos,
¿qué podrá luego valernos
contra la astuta serpiente?
Quien vé la dicha perdida,
ha menester en verdad
gran fuerza de voluntad
para restañar su herida.
(Con profundo sentimiento.)
—¡Tambien yo, con ansia ardiente,
me abrasé en loca pasion;
tambien me hirió el corazon
la misma astuta serpiente!
En esos dichosos dias,
sin duda para mi mal,
fué tu amor el manantial
de mis puras alegrías.
Como las flores nacieron
mis encantados amores,
—y tambien como las flores
al otro dia murieron.
¡Triste del que llega á ver
su ilusion rota en el suelo,
despues de soñar un cielo
en la luz de una mujer. *(Con acento pavoroso.)*
En lucha tan desigual
con mis recuerdos me ví,
que á todo el mundo escondí
el venenoso puñal.
Acaso triste sonrisa
en mis lábios asomaba...
¡Era la muerte que andaba
buscando un cadáver, Luisa!
(Con orgullo.)
¡Pero vencí,... No te asombre
ni temas que me avergüence:
¡el hombre que lucha vence;
y solo el que vence es hombre!

LUISA. Víctor!

VICTOR. La suerte está hechada;
ríe, pues, sin compasion,
que ya llegó la ocasion

de soltar la carcajada...

LUISA. Es decir...

VÍCTOR. Que he de perderte:
ya no hay tregüa entre los dos:
ahora que nos juzgue Dios...
¡Guerra á muerte!

LUISA. *(Con desesperacion.)* ¡Guerra á muerte!
Esa pertinacia hiere
de un golpe toda mi vida;
mas no has de verme rendida...
—¡mi alma no se rinde, muere!
Si hasta aquí mi corazon
vivió en incesante guerra,
tu amenaza no le aterra,
luchemos sin compasion.
¡Lo quiero!—Vamos á ver
quién á quién domina aquí.

VICTOR. ¿Qué podrás tú contra mí,
pobre, insensata mujer?
Si hubo un tiempo en que latió
mi corazon inocente
de tu amor al soplo ardiente,
ese tiempo ya pasó.
De mi hidalguía en abono,
aunque de mí te burlaste,
todo el mal que me causaste
resignado te perdono.
Pero en tanta soledad
desde que te amé viví,
que tan solo conocí
el placer de la amistad.
Ella consoló mi cuita
y mi amoroso desvelo:
Por eso la dicha anhelo
de Cárlos y Margarita.
Falta una prueba no mas
para que Cárlos comprenda
lo que hoy la amorosa venda
no le deja ver quizás.

LUISA. ¿Y esa prueba?...

VICTOR. Tu malicia
no la dejó al amor mio;
pero en hallarla confio
si hay en el cielo justicia.

ESCENA VII.

DICHOS. — UN CRIADO.

CRIADO. Señora, el notario espera.
LUISA. Que pase, y aviso dá
á los convidados ya. (*Vase el criado.*)
(*A Victor irónicamente.*)
Victor, ¿tu fé no se altera
y aun en vencerme confia?
Se va el contrato á firmar...
VÍCTOR. ¿Si? Yo lo sabré estorbar.
LUISA. ¿Y cómo?
VÍCTOR. Eso es cuenta mia.
LUISA. No con pregunta importuna
molestaré mas tu oido:
puesto que asi lo has querido,
adios y buena fortuna. (*Se va por la primera puerta de la izpuierda.*)
VÍCTOR. (*Contemplándola aparte.*)
Mucho tu osadía intenta,
pero decidido estoy;
¡lo que contigo á hacer voy,
que Dios me lo tome en cuenta!

ESCENA VIII.

VÍCTOR, MARGARITA, CÁRLOS, SALAZAR, EDUARDO, NOTARIO, CONVIDADOS, SEÑORAS Y CABALLEROS. (*El Notario coloca sus papeles y escribe sobre una mesa que habrá en el fondo.*).

CÁRLOS. (*Por Margarita.*) (¡Ella! No puedo sufrir
su mirada vengadora.)
VÍCTOR. (*Ap. á Margarita.*) ¡Valor, se acerca la hora!
MARGARITA. (*Idem.*) ¡Víctor, me siento morir!
(*Siguen hablando aparte.*)
SALAZAR. (*Que en union de Eduardo y otros jóvenes formará un grupo á la izquierda.*)
Esta boda me parece
que no principia muy bien,
pues todos tristes se vén.
EDUARDO. Por eso mi ansiedad crece.
SALAZAR. Todos están preocupados...
EDUARDO. Reina muy poca armonía,

pero será la alegría...

SALAZAR. Estas muy equivocado.
¿Alegría? Yo destierro
esa idea que te alhaga.
Algun pesar nos amaga...
¡Si esto parece un entierro!
(Sale Luisa, todos la cercan.)

ESCENA IX.

DICHOS.—LUISA.

LUISA. ¡Señores!

EDUARDO. ¡Que encantadora
está usted!

LUISA. Gracias ¿y Cárlos?

CÁRLOS. *(Acercándose.)* Aquí estoy. *(Hablan aparte.)*

MARGARITA. *(Aparte á Victor.)* ¿He de mirarlos
tranquila?

VICTOR. *(Idem.)* Espera.

NOTARIO. Señora,
ya solo falta firmar.

LUISA. Pues firmemos *(Cárlos la toma de la mano, se dirijen á la mesa á tiempo que Victor se interpone deteniéndolos.)*

VICTOR. Un momento.
Por mi nombre que lo siento,
pero necesito hablar.
(En medio de la escena alzando la voz y dominando á todos.)
Señores, si á alguno injurio,
no hallé de evitarlo modo.
—¡Aquí, delante de todos,
va á cometerse un perjurio!
Luisa á mis ruegos vencida
me amó y me vendió...—Testigo
es Dios de que cuanto digo
lo sostengo con mi vida.
(A Luisa con dignidad.)
De flores corona blanca
tu frente adornando está,
el nuevo amor te la dá,
el antiguo te le arranca. *(Le arranca la corona de flores y la arroja al suelo.)*

TODOS. (*Dejando sola á Luisa, menos Margarita que corre á su lado.*) ¡Ah!

CÁRLOS. (*Lánzándose sobre Victor.*) ¡Miserable!

VICTOR. Tu no debes
quejarte de mí; has buscado
una prueba, te la he dado...
¡Condéname si te atreves!
(*Haciéndole notar á Cárlos que todos huyen de Luisa.*)
Mira, mi voz altanera
habla de todos en nombre...
¡Cárlos, yo no soy un hombre,
soy la sociedad entera!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

SANTANDER.

A la izquierda, café y fonda; á la derecha, la casa de Margarita.—Al fondo, el mar.

ESCENA PRIMERA.

JUAN.—JUANA.

JUAN. *(Entrando por la derecha: viste con cierto lujo, y ha engordado notablemente.*
¡Uf! vengo sudando.—¡Juana! *(Llamando.)*
JUANA. *(Dentro del café.)* ¿Quién llama?
JUAN. ¡No hay duda, era ella;
la he visto bien...
JUANA. *(Con tono burlon.)* ¡Ah, D. Juan!
¿qué ocurre?
JUAN. Escúchame atenta;
acércate: yo pasaba
muy tranquilo por la acera,

cuando observo que la gente
baja de la diligencia
de Madrid; miro, y descubro
¿á quién dirás?

JUANA. Dí: ¿quién era?

JUAN. Vuelve atrás la vista.

JUANA. ¿Atrás? (*mirando hácia atrás.*)

JUAN. Vaya, Juana, no seas lerda,
atrás es allá. . muy lejos...

JUANA. Muy lejos...

JUAN. Vamos, ¿te acuerdas
de cuando los dos servimos
á D. Cárlos?

JUANA. ¡Buena es esa!
¿á qué viene?

JUAN. Lo sabrás.
¿Por quién Don Cárlos su hacienda
malgastó? ¿Lo has olvidado?
¿Por quién se hizo calavera?
¿Por quién dejó que yo, Juan,
manejase la despensa
sin decirme una palabra,
sin ajustarme las cuentas?

JUANA. ¡Ah! sí; cuando estuvo loco
por aquella dama...

JUAN. Aquella:
la misma, si yo no sueño,
que viene en la diligencia
de Madrid.

JUANA. ¿Y qué?

JUAN. Mujer,
tú sabes la suerte negra
de Don Cárlos. Há tres años,
desde que riñó con ella,
que se vino con Don Víctor,
y empleado en las faenas
del ferro-carril, de entonces
solo, triste y con reserva,
dicen que ha ido conquistando
algo de su mucha hacienda.
Con que si ahora esa dama
le levanta la mollera...
y vuelven los devaneos...

JUANA. Él la dejó... ¿no te acuerdas?

JUAN. Sin embargo, hace unos dias
que Don Cárlos se pasea

cabizbajo, y mira al mar,
y sentado en una peña
como si fuera una estátua
se pasa las horas muertas.

JUANA. Pues nada de eso me estraña.

JUAN. A mí sí, que sé sus tretas,
y al cabo le tengo ley...

JUANA. ¡Pues! tambien yo.

JUAN. La primera
base de nuestra fortuna
fué su casa, fué su hacienda.
Yo criado y tú criada,
nos llamaban Juan á secas,
y cuando ya nuestro amo
hizo bancarrota, puesta
teníamos nuestra casa;
nos casamos, y aquí empieza
nuestra prosperidad.

JUANA. Mira,
se cumplió por fin mi eterna
ambicion.

JUAN. ¿La del café?

JUANA. Pues.

JUAN. Y *Fonda*. Así te alegras
cuando dicen—«Doña Juana»—
los mozos á boca llena.

JUANA. Y tú cuando te saludan
—«abur, don Juan.»—

JUAN. Esa idea
me hace engordar... ya lo ves,
en tres años... no habrá queja.

JUANA. Estás hecho una tinaja.

JUAN. ¡Ja! ¡Ja! ¡qué cosa tan buena
es ser amo y que le llamen
á uno—«Don Juan!»—Oye, prenda,
dame un abrazo, á tí sola
te permito esta franqueza.
¡Anda, y llámame Juanito!

JUANA. ¡Juanito! (*Abrazándole.*)

JUAN. ¡Juanita, aprieta!

ESCENA II.

DICHOS.—VICTOR.—MARGARITA Y UNA CRIADA.

VÍCTOR. ¿Qué es eso? Basta de abrazos.
JUAN. ¡Ah, D. Víctor!
VÍCTOR. ¡Pues apenas!
JUAN Y JUANA. ¡Señorita!
MARGARITA. Buenos dias.
VÍCTOR. Para vuestro amor no hay treguas.
JUAN. Nos queremos mucho.
VÍCTOR. ¡Sí,
pero en la calle no sientan
bien los abrazos. Tres años
de matrimonio debieran
calmar la pasion mas fuerte...
No hay en Santander pareja
tan amartelada.
JUAN. Cierto.
VÍCTOR. Anda, y prepara la mesa;
quiero almorzar en tu fonda,
que me ha abierto de manera
el apetito el paseo...
JUAN. Voy; sígueme, Juana.
VÍCTOR. Apriesa.

ESCENA III.

VÍCTOR.—MARGARITA.

MARGARITA. (*Dándole á la criada el sombrero.*)
Toma, y espérame en casa.
(*La criada entra en la casa de la izquierda.*)
VÍCTOR. La mañana está algo fresca,
ó es que la brisa del mar...
(*Mirando hácia el mar.*)
¡Hola! La fragata *Perla*
se divisa allí... ¡qué hermosa
sobre el mar se gallardea!...
Hoy mismo para la Habana
debe de darse á la vela.
(*Volviendo á Margarita, que se ha quedado pensativa.*)

¿Qué tienes?
MARGARITA. Nada.
VÍCTOR. ¡Ya! ¡Siempre
lo mismo!... en tu padre piensas....
MARGARITA. ¡Murió, Víctor!
VÍCTOR. Há dos años.
MARGARITA. Tu amistad es en la tierra
el solo apoyo que tengo.
VÍCTOR. ¿Y Cárlos?
MARGARITA. ¿Cárlos? No quieras
aumentar mi desventura.
Desde aquel dia, ¿te acuerdas?
dejé á Madrid con mi padre,
y él, por consolar mis penas,
—«murió para tí, me dijo,
quien tus amores desprecia.
¡Es indigno de tu fé!
¡olvídale!»—Y yo, promesa
de olvidarle, al triste anciano
hice en sus horas postreras.
VÍCTOR. Si Cárlos se hiciese digno
de tí... ¡qué diablos! no hay regla
de que dure un mal cien años.
MARGARITA. ¡Ya es imposible!
VÍCTOR. ¡Paciencia!
Cuando de Madrid le trage,
y humillando su soberbia,
le dí un empleo, y le dije:
—«Hoy tu dicha verdadera
está en el trabajo... Así
quizás algun dia puedas
reconquistar lo perdido;
si no, de todas maneras
será el trabajo el bautismo
que al buen camino te vuelva:
la dicha no la dá el mundo,
que nos la dá la conciencia.»
Cuando esto le dije, Cárlos
apretándome la diestra,
—«te sigo,»—me contestó;
y desde entonces sin tregua,
dia y noche trabajando,
no se le escuchó una queja;
solo de tí se acordaba
y al hacerlo, con mas fuerza,
con dobles brios volvia

á comenzar sus faenas.
Me preguntaba por tí.
—«Cuando sea digno de ella,
cuando mis faltas pasadas
el tiempo redimir pueda,
con su mano alcanzaré
mi felicidad eterna.»
Esto me decia Cárlos,
esto mi amistad confiesa;
pero hoy me llenan de asombro
su silencio y su reserva.
Mas de tantas confusiones
que salgamos pronto es fuerza.

MARGARITA. No, Víctor: así lo manda
mi desdicha: yo quisiera
olvidarle...

VÍCTOR. Mas no puedes.

MARGARITA. ¡Hay sentimientos que presa
hacen de un alma, y tan solo
la muerte libre la deja!

VÍCTOR. Así su amor en la tuya
fijo está con tal violencia,
que por mas que me lo ocultes
yo sé lo que te atormenta.

MARGARITA. En el viento que susurra
su voz á mi oido llega,
y con regalada música
parece que me consuela.
La brisa que blanda gime
quizá un suspiro se lleva...
es el amor que en mi pecho
al alma le grita: ¡espera!
Cuando la mar perezosa
surca la nave altanera,
y allá á la entrada del puerto
asoma sus blancas velas,
yo pienso en él, me figuro
que así á mi lado se acerca,
tranquilo como la nave,
y altanero como ella.
Si en la noche misteriosa
mis oraciones se elevan,
con ellas mezclo su nombre
al fulgor de las estrellas.
Y cada rayo de luz
que en mis pupilas refleja,

me parece de sus ojos
la mirada que me alienta.
—¿Cómo quieres que le olvide
si entre tan rudas tormentas
siempre á mi lado le traen
el viento, el mar, las estrellas?

VÍCTOR. Ángel para amar nacido,
la desgracia que te cerca
debe terminar muy pronto;
mi fé no me engaña, y ella
que en mis planes me da aliento,
me dice que Dios no deja
á las almas generosas
en desventura perpétua.
¡Ánimo!

MARGARITA. ¡Cuánto te debo!

VÍCTOR. Basta ya. Lo que interesa
es que yo sepa el secreto
de Cárlos... y de mi cuenta
corre averiguarlo. Ahora
descansa un poco y no temas.
(*Margarita entra en su casa.*)

ESCENA IV.

VÍCTOR. — JUAN.

JUAN. El almuerzo está servido,
con que así, cuando usted quiera...

VÍCTOR. Vamos...

JUAN. ¡Ah! se me olvidaba.
Há poco en la diligencia
llegó á Santander...

VÍCTOR. ¿Quién?

JUAN. Una
señora...

VÍCTOR. ¿Señora?

JUAN. Aquella
con quien don Cárlos estuvo
para casarse.

VÍCTOR. No mientas.

JUAN. La he visto con estos ojos
que se ha de comer la tierra.

VÍCTOR. (¡Luisa! Algun mal imprevisto
viene sin duda con ella.)

ESCENA V.

DICHOS. — LUISA. — UNA CRIADA.

UN MOZO. (*Con equipaje.*) Esta es la fonda: don Juan,
estas señoras desean...

JUAN. ¿Habitacion? Adelante.

CRIADA. Sí, para mi ama es fuerza
que arregle usted la mejor;
para mí cualquiera es buena.
(*El mozo y la criada entran en la fonda.*)

LUISA. (*á Juan.*) ¿No sale para la Habana
una fragata?

JUAN. La *Perla.*

LUISA. ¿A qué hora?

JUAN. A las doce en punto
se debe dar á la vela.

LUISA. (¡Y son las diez! En dos horas...
Muy poco tiempo me queda.) (*Entra en la fonda.*)
(*Juan la sigue.*)

ESCENA VI.

VÍCTOR.

VÍCTOR. Segun escuché, se marcha
muy pronto; pero me inquieta
su venida. No me ha visto;
sin embargo, estaré alerta;
daré aviso á Margarita
por lo que venirnos pueda.

ESCENA VII.

CÁRLOS, (*que ha observado entrar á Víctor en casa de Margarita.*)

CÁRLOS. Entró en su casa. ¿Qué esto?
¿Por qué esta sospecha horrible?
¿Será que tras lo imposible
me empuja un hado funesto?
Conmigo en lucha parece
que me va inclinando al mal
un pensamiento infernal

que me aturde y me enloquece.
Con insistencia importuna
mi ruin sospecha provoco;
mas siempre juguete loco
soy del viento y la fortuna.
¡Horrible fascinacion
que nunca de mí se aparta!...
¡El veneno de esta carta
me asesina el corazon!
(Leyendo una carta.)
—«De la amistad desconfía,
que es Margarita muy bella:
tú trabajas noche y dia
por hacerte digno de ella,
y tu amigo te vendía.»—
—¡Huye, sospecha cruel,
no esperes que ya me asombre;
en el corazon de un hombre
no cabe, no, tanta hiel!
Mas por mi suplicio eterno
si mi razon la condena,
el alma ardiente me llena
de las llamas del infierno.

ESCENA VIII.

VÍCTOR.—CÁRLOS.

VÍCTOR. Cárlos, me alegro de hallarte:
¿qué haces aquí?
CÁRLOS. ¿Yo? Venia...
VÍCTOR. No te he visto en todo el dia
y tengo mucho que hablarte.
CÁRLOS. Ya te escucho
VÍTOR. Si respeto
á tu tristeza y guardé,
hoy quiero saber por qué
ocultas de mí un secreto.
CÁRLOS. Si has llegado á sospechar
el secreto que he guardado;
cuando me ves tan callado
es porque no debo hablar.
VÍCTOR. ¿Eso me respondes?
CÁRLOS. Sí.
VÍCTOR. ¿Y eres mi amigo?

CÁRLOS. Por eso.
VÍCTOR. Esa respuesta, confieso
que no esperaba de tí.
Pero soy un insensato
si me apuro por tan poco;
el que se fia de un loco
consigue hacer un ingrato.
CÁRLOS. ¿Ingrato yo? Los favores
que siempre te merecí
con el alma agradecí
para que nunca lo ignores.
VÍCTOR. Pues tú mismo te condenas:
¿si me estás agradecido
por qué, díme, no has querido
partir conmigo tus penas?
CÁRLOS. Víctor...
VÍCTOR. Habla, que es razon
de que tu pecho me abras,
aunque tus mismas palabras
fuesen tu condenacion.
CÁRLOS. Mi gratitud nada olvida:
tres años llevo, tres años
pagando los desengaños
de mi juventud perdida.
Secretario me nombraste
del ferro-carril, y viste
que cuanto te propusiste
de mi sumision lograste.
Con mi trabajo y alguna
economía, lograr
pude ya reconquistar
gran parte de mi fortuna.
Desesperado, y perdida
la hacienda, quise morir:
á tí te debo el vivir...
Víctor, es tuya mi vida.
VÍCTOR. Pues la quiero, no lo ignores,
para el trabajo: solo él
nuestro destino cruel
sabe coronar de flores.
El trabajo es el honor,
él nos dá la libertad
llena nuestra soledad
con los dones del amor.
Él nutre nuestra existencia
de fuerza que al mundo asombre,

él da dignidad al hombre
él nos da la independencia.
Cuando, depuesto el arado,
á su casa se avecina
el labrador que camina
con lento paso y cansado;
y vé en su impaciencia suma
á lo lejos blanquear
las paredes de su hogar
de la tarde entre la bruma;
cuando con los ojos fijos
en los troncos que chispean,
vé que alegres le rodean
su esposa y sus tiernos hijos,
el sueño entonces concilia
con paternal agasajo,
que el fruto de su trabajo
es el amor de familia.
—Trabaja, pues, y quietud
y dicha hallará tu pecho;
que el que trabaja, derecho
tiene á hablarnos de virtud.
Por mas que la humanidad
planes de gobierno invente,
él será siempre la fuente
de nuestra felicidad.
¡Él vence al destino adverso,
y es para el hombre un deber,
por que Dios es el primer
obrero del universo!

CARLOS. Tu fortaleza adivino,
y ello sola me da aliento
para sufrir el tormento
de mi implacable destino.
Ya tus consejos seguia,
y en silencio alimentaba
una idea que llenaba
de gozo la mente mia:
y era el ánsia de encontrar
en Margarita el consuelo
que nunca pudo mi anhelo
en otra mujer hallar.
La amaba con la esperanza
de encontrar mi salvacion
en su amorosa pasion
que nunca tuvo mudanza.

Pero un dia recibí
una carta que el veneno
de los celos en mi seno
sembró desque la leí.

VICTOR. ¿Y esa carta?

CÁRLOS. Me decia
que amabas correspondido;
no lo creí, mas he sido
infeliz desde ese dia.
Y aquel inocente afan
que yo por ella sentí
de pronto trocarse ví
en un ardiente volcan.
Yo no sé qué lucha horrible
sostuvo mi corazon
sospechando sin razon
que era mi dicha imposible...

VÍCTOR. ¿Con que yo te inspiré celos?

CÁRLOS. No en mi sufrimiento goces;
ya mi secreto conoces;
perdóname estos recelos.
¡Siempre delante de mí
un imposible fatal!
¡Siempre la sombra del mal
mezclarse á mis dichas ví!

VÍCTOR. Aquel insensato amor
que tú por Luisa sentiste
cuando imposible creiste
lograr su amante favor...
La hoguera que crece ahora
si tu sospecha insensata
finge á Margarita ingrata,
¿qué son sino la traidora
pasion, que el hombre ha sentido
en su deseo implacable?
¿Qué es ese afan insaciable?
Amor al fruto prohibido.
¡Amor funesto que trunca
la felicidad humana;
sombra que persigues vana,
sueño que no acaba nunca!
—Dáme esa carta.

CÁRLOS. ¿De mí
desconfías?

VÍCTOR. Quiero verla.

CÁRLOS. ¿Qué vas á hacer? ¿A leerla? (*Se lada.*)

VÍCTOR. (*Haciendo pedazos la carta.*)
A esto se contesta así.
Yo no me disculpo. Ahora
piensa de mí como quieras.

CÁRLOS. Si mi dolor comprendieras...

VÍCTOR. Nada mi imprudencia ignora.

CÁRLOS. Debo sufrir su desden.

VÍCTOR. Lanza esa idea fatal.

CÁRLOS. Yo soy el genio del mal...

VÍCTOR. Ella es el ángel del bien. (*Aparece Luisa.*)
(*Viéndola.*) (¡Qué idea!) Si te precisa
averiguar el autor
de ese anónimo traidor,
vé, y pregúntaselo á Luisa. (*Entra en casa de Margarita.*)

ESCENA XI.

LUISA.—CÁRLOS.

LUISA. ¡Cárlos!

CÁRLOS. Luisa, ya á los dos
nada hay que pueda enlazarnos;
para siempre separarnos
fué la voluntad de Dios.

LUISA. Cárlos, en la soledad
de mi corazon que inmolo
á tu recuerdo, tan solo
vengo á pedirte piedad.
Tres años de desengaños
resistiendo en la pendiente
del mal, yo tuve presente
tu imágen en esos años.
Perdona si te ofendí,
perdona si te burlé,
ya con lágrimas pagué
mi amoroso frenesí.

CÁRLOS. En este pecho no arde
la llama devoradora
que me inspiraste en mal hora...
¡ya para el amor es tarde!
¡No puedo volver atrás...
¡me avergüenza tu dolor!...
—¡Oye, Luisa, nuestro amor
fué un amor de satanás!

Aquella ardiente inquietud
fué tan solo rayo fiero...
¡que no hay amor duradero
donde falta la virtud!

LUISA. ¡Ah! cuán horrible venganza
de esta mujer has tomado...
—¡y el amor que me has negadó
era mi última esperanza!
Ceda mi vida al imperio
que me persigue iracundo,
sufra el enojo del mundo,
sabe al fin este misterio.
¡Desde aquella noche fiera,
negra suerte me amenaza...
la sociedad me rechaza...
¡me persique por do quiera!
¡Este lujo que mi cuita
lleva con afan guardada,
es la púrpura manchada
de una existencia maldita!
¡Por mas desesperacion,
cuando impasible te veo,
acrece mas el deseo
de mi terrible pasion!

CÁRLOS. Lástima me da tu pena,
mas ténla tambien de mí;
desde que te conocí
sufro esta horrible cadena.

LUISA. Escúchame.

CÁRLOS. Ya á los dos
nada hay que pueda enlazarnos.

LUISA. Mas...

CÁRLOS. Debemos separarnos...

LUISA. ¡Oye en el nombre de Dios!
Al partir al Nuevo Mundo,
huyendo mi desventura,
no debo de mi locura
dejar el sello profundo.
Una carta...

CÁRLOS. ¿Tuya?

LUISA. Si...
No la creas... fué mi amor...

CÁRLOS. ¡Era el último dolor
y basta ese vino de tí!
¡Tanta maldad me avergüenza!

LUISA. ¡Ya para siempre me voy...

Adios, Cárlos, desde hoy...
¿ves? mi espiacion comienza!
Sola á regiones estrañas
partiré á merced del viento,
con este remordimiento
que me rompe las entrañas.
(Cárlos al estremo del teatro, la contempla con indiferencia.)
¡Quiera Dios que en lo profundo
del mar encuentre mi tumba
por no escuchar cómo zumba
la reprobacion del mundo!
¡Yo que tan alto subia
en mi orgullo soberano,
no hallo al partir una mano
que me estreche!....

ESCENA XII.

DICHOS.—MARGARITA.—VÍCTOR.

MARGARITA. *(Corriendo á estrechar la mano de Luisa.)* ¡Sí, la mia!
LUISA. *(Con efusion.)* ¡Ah, Margarita!
MARGARITA. Si es vana
mi súplica, si te alejas,
sabe que en España dejas
el cariño de una hermana.
LUISA. Voy de mi destino en pos,
tras la muerte, Margarita.
MARGARITA. ¡No, vive, que es infinita,
Luisa, la bondad de Dios!
LUISA. ¡Tus palabras atesoran
tanta fé, cariño tanto!...
—¡Sí, viviré para el llanto!
MARGARITA. ¡Dios consuela á los que lloran!
(Luisa entra en la fonda.)

ESCENA XIII.

CÁRLOS.—MARGARITA.—VÍCTOR.

CÁRLOS. *(A Margarita con solemnidad.)*
Óyeme por compasion;
tú eres el ángel que el cielo

enviá para consuelo
de mi pobre corazon.
Si tres años de esperar,
de trabajo y merecer,
digno me pueden hacer
de tu perdon...

VÍCTOR. Perdonar
propio es de un alma sublime;
digno es de tí, yo lo fío,
el hombre que su estravío
con el trabajo redime.

CÁRLOS. ¡Margarita!

MARGARITA. ¿Qué he de hacer,
si yo vivo para amar?...
¡Es tan dulce perdonar!
¡Es tan hermoso querer!

VÍCTOR. Al cabo, sin mas temor
consigue mi buena estrella,
á tí, verte digno de ella; (*A Cárlos.*)
en ti premiado el amor. (*A Margarita.*)
Ya que tu suerte te trajo
al buen camino, no dudes
que las primeras virtudes
son el honor y el trabajo.

FIN DEL ACTO CUARTO Y DEL DRAMA.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 7 de abril de 1859.

El Censor de teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

rminio de un inocente.
ior y el trabajo.

obre.
sco el inclusero.

por honra.

segunda.

de Arco.
le Nápoles.

de Dios.
y Romeo.

farrones del vicio.
asara.
en copa de oro.
me llamo, ó carbonero
ledo.
ores de la niña.
ana vengadora.
s.
ía de la casa.
eres de mármol.
del Rey poeta.
manias, ó cada loco con
a.

Las bodas de un criminal.
La honra en la deshonra.
La conquista de Toledo.
Los empeños de un acaso.
Las barricadas de Madrid.
La duquesa de Iprest, ó Genoveva de Brabante.
La duquesa, ó la soberbia.
Las cuatro barras de sangre.
Las travesuras de Chalamel.
Los espósitos del Puente de Ntra. Señora.
Los libertinos de Ginebra.
Los percances de un viaje.
Los siete castillos del diablo.
La casa del diablo.
Las aves de paso.
La fuerza contra la ley.
La senda de espinas.
La linterna de Diógenes.

Misterios de palacio.
Mi suegro y mi mujer.
Maese Juan el espadero.
Matilde.

No hay amigo para amigo.
Navegar á la aventura.

Ntra. Sra. de Paris, ó la Esmeralda

Oráculos de Talia, ó los duendes de palacio.

Protector y protegido.

Quebrantos de amor.
Quemar las naves.

Represalias.

Secretos del destino.

Tambien en amor se acierta, pero es mas fácil errar.

Una historia del dia.
Un corazon de mujer.
Uno de tantos.
Un dia de baños.
Un hijo natural.

Vivir y morir amando.
Vilfredo el Velloso.

ZARZUELAS.

n un acto.

or Valladolid.
á este caballero.
hora.

irita y alcohool.
soltero.

itos de reinado.
ando. (*La música.*)

el almuerzo.
e. (*La música.*)
ta del archiduque.
ulo.
n Chamberí.

Dios que está puesta

uerte. (*La música.*)
ebre.

.
de Juanita.
lel Rey. (*La música.*)
gos.

La flor de la serranía.
La tierra de María Zantízima.
Las distracciones.
Pablito.

Un caballero particular.

En dos actos.

Bruschino.

El postillon de la Rioja.

La cola del diablo.
La corte de Mónaco.

Marina. (*La música.*)

Un sombrero de paja.

En tres ó mas actos.

Azon Visconti. (*La música.*)
Amor y misterio.
Amar sin conocer.

Beltran el aventurero. (*La música.*

Cárlos Broschi.
Catalina.
Campanone.

El sueño de una noche de verano.
El dominó azul. (*La música.*)
El valle de Andorra.
El hijo de familia, ó el lancero voluntario.
El sargento Federico.
Entre dos aguas.
El planeta Venus. (*La música.*)
El Juramento.

Galanteos en Venecia.

Los Madgyares.
La estrella de Madrid. (*La música.*)
La caceria real. (*La música.*)
La Pasion. (drama sacro-lírico.)
Los comuneros.

Mis dos mujeres.
Moreto.

Un viaje al vapor.

PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIAS.

Alicante.	Ibarra.
Almeria.	Alvarez.
Albacete.	Perez.
Avila.	Garcés.
Algeciras.	Joarizti.
Alcoy.	Poyá é hijo.
Aranjuez.	Prado.
Almaden.	Quiroga.
Avilés.	Sanchez del Rio.
Barcelona.	Mayol.
Búrgos.	Hervias.
Bilbao.	Astuy.
Badajoz.	Carpizo.
Bejar.	Bueno é hijo.
Baza.	Fernandez.
Baeza.	Segura.
Borja.	Cadenas.
Cádiz.	A. de Cárlos.
Castellon.	Perales.
Córdoba.	Lozano.
Coruña.	Lago.
Cáceres.	Valiente.
Ciudad-Real.	Arellano.
Cuenca.	Mariana.
Cartagena.	Muñoz Garcia.
Chiclana.	Julian.
Ceuta.	Ibañez.
Ciudad-Rodrigo.	Tejeda.
Carmona.	Perez.
D. Benito.	Sanchez Barroso.
Ecija.	Garcia.
Ferrol.	Tajonera.
Figueras.	Delhom.
Granada.	Zamora.
Gerona.	Dorca.
Guadalajara.	Oñana.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Guadix.	Tornez.
Habana.	Charlain y Fernandez.
Huelva.	Osoruo é hijo.
Huesca.	Guillen.
Huescar.	Ruiz.
Haro.	Quintana.
Jaen.	Hidalgo.
Jerez de la Frontera.	Alvarez Aranda.
Leon.	Viuda é hijos de Miñon.
Lérida.	Blasco.
Lugo.	Viuda Pujol y Hermano.
Logroño.	Verdejo.
Lorca.	Gomez.
Loja.	Cano.
Linares.	Carrasco.
Lucena.	Cabezas.
Llerena.	Guerrero.
Málaga.	Cañavatte.
Murcia.	Hs. de Andrion.
Mataró.	Abadal.
Manzanares.	Peñuelas.
Motril.	Ballesteros.
Mahon.	Vinent.
Mérida	Diaz.
Marto	Garcia.
Oviedo	Pruneda y Mántaras
Orense.	Robles.
Ocaña.	Calvillo.
Osuna.	Montero.
Orihuela.	Berruezo
Pamplona.	Rios y Barrena.
Palencia.	Gutierrez é hijos.
Palma de Mallorca.	Gelabert.
Pontevedra.	Aspa.
Puerto de Sta. Maria.	Cobantes.
Puerto-Rico (Mayagües).	Maestre y Tomás.
Reus.	Prius.
Ronda.	Gutierrez.
Rivadeo.	Torres.
Rioseco.	Pradanos.
Salamanca.	Huebra
Santander.	Hernandez.
San Sebastian.	Garralda.
Sta. Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Sevilla.	Alvarez Aranda.
Segovia.	Rebilla.
Soria.	Perlado.
Santiago.	Escribano.
San Fernando.	Tellez de Meneses.
Sanlúcar de Barrameda.	Esper.
S. Ildefonso (Granja).	Alderete.
S. Lorenzo (Escorial).	Juan José Rodrigue
San Martin de Valdeiglesias.	Cisneros.
Segorve.	Mateo.
Tarragona.	Pujol.
Teruel.	Baquedano.
Toledo.	Hernandez.
Talavera de la Reina.	Sanchez de Castro
Toro.	Tejedor.
Tuy	Cruz.
Trujillo.	Bravo.
Torrevieja.	Vela.
Tudela.	Izalzu.
Tolosa.	La Lama.
Tarazona.	Veraton.
Valencia.	Moles.
Valladolid.	Hernainz.
Vitoria.	Galindo.
Vinaroz.	Ramirez Poy.
Villanueva y Geltrú.	Creus.
Vigo.	Fernandez Dios.
Ubeda.	Bengoa.
Zaragoza.	V. de Heredia.
Zamora.	Calamita.
Zafra.	Oguet.

El propietario de esta Galeria vive en la calle de la Salud, núm. 14, c
principal.